

SALTA ES UNA GUITARRA

Escribe HUGO ALARCON

Con el título de esta columna hace unos años hacíamos un programa en la vieja Radio Güemes, edificio que actualmente ocupa la Dirección de Cultura en Salta. Presentábamos la audición como "un rancho que levantamos en la noche de Salta para los amigos". Y la amistad fue, entonces, como un largo y generoso vino.

Ahí, nos encontramos con una galería de gente que tenía que ver con la cultura, con el cancionero, con la música, la pintura, el arte, o al menos con la noche. Era un programa tan informal que, aun tengo fresco el recuerdo: Julio Coronel —un jefe de ley que atendía los discos— desde el otro lado del vidrio me decía, por ejemplo:

—Esta noche está invitado Arnold Toynbee... no te olvides de preguntarle sobre los incas. Con una audacia que no disimulaba nuestra tartamudez le preguntábamos al sabio historiador inglés sobre si es cierto que nuestra civilización está puesta a prueba y él (que fue a la audición con su increíble sencillez y con su señora y compañera de investigaciones —toda calladita ella—) con una sonrisa nos tranquilizaba diciendo que frente a una incitación difícil, siempre las civilizaciones tienen una esperanzada respuesta. Y así, guiados por el autor de Estudio de la historia nos asomábamos al asombro de las viejas civilizaciones de nuestra tierra americana.

Peró la cosa no terminaba allí, porque en el programa siguiente le preguntábamos al Opa Batata (increíble personaje que ya grabó como 20 discos en Buenos Aires y sigue creyendo que los de la grabadora fueron a grabarlo a Salta porque él no tiene conciencia de los viajes) si era cierto que aprendió a tocar el bombo en una salamanca.

Cambieron los vientos, corrieron la radio, eché a andar por el país en esos ruidosos festivales y sólo me quedó de aquella experiencia radial un larga duración que grabé con Los Gauchos de Güemes, un pergamino de cuero que me regaló los presos de la cárcel de Villa las Rosas a los que visité con una delegación artística, y las bromas que por ahí me hacían Martín Salazar (un buen pianista y mejor amigo que ahora debe estar tocando un tango en el cielo).

—Che, Hugo... Díce el Mula-

to" Mendoza que si Salta es una guitarra, Jujuy es un charango, Santiago un bombo y Tucumán... un gato.

En homenaje a esa ponchada de amigos que me enriquecieron la vida insisto con que Salta es una guitarra, ahora, desde Buenos Aires y en la revista Folklore, cuyas páginas me abrió generosamente Miguel Díaz Vélez para que un provinciano los cuente casos y cosas que vio y vivió viajando por paisajes, por libros y por amigos.

EL CEMENTERIO DE LOS PAJAROS

A siete kilómetros de la ciudad de Salta en una finca llamada Atocha (en homenaje a la española Virgen de Atocha cuya imagen de nácar fue encontrada en un monte de las cercanías) vivió José Solís Pizarro. Un poeta gaucho o un gaucho poeta, si se prefiere. Un salteño singular. Amigo de recibir amigos y obsequiarles con su generosa amistad. A su República lírica de Atocha concurren —en memorables asados— las más destacadas personalidades del quehacer cultural, artístico, o incluso político (lo visitaron varios presidentes argentinos y de otros países amigos). Y como Solís Pizarro era original en todo, se le ocurrió construir en su República Lírica el Cementerio de los pájaros. Según algunas publicaciones europeas el único cementerio de pájaros del mundo. A este lado componían los changuitos de la zona llevaban a enterrar los pajaritos que encontraban muertos en el camino. Una idea original, pero también una ternura de poeta.

Le encantaban esos juegos de palabras con los que se entretienen en las noches del frío, esperando el sueño, nuestros paisanos:

*Recloncha la chieffarra
chicra chocha,
en un churqui charco
del país de Atocha.*

De él se cuentan innumerables anécdotas. Una vez vino a Buenos Aires —allá por un invierno de los años 40— vestido de gaucho, como siempre vestía, con su correspondiente poncho rojo con franjas azul-negro. Como era hincha de San Lorenzo y amigo del presidente del club, lo llamó por teléfono y éste lo invitó a la cancha. No bien lo

vieron aparecer al gaucho, la tribuna bramó. Le gritaban de todo: "¡Flor de ceibo!", "¡dónde atesta el mancarrón, cabecita negra?", "¡sacate el poncho, Juan Moreira!",... Y Solís Pizarro, haciéndose el sorprendido, le comenta a su acompañante:

—Ve... los opas no se han dado cuenta que allá en Salta para el invierno a la camiseta de San Lorenzo la usamos en forma de poncho.

En el descanso, el presidente comentó la salida del poeta por los alarcones del estadio y una estruendosa ovación saludó al gaucho sanlorenscista.

Cuando niño me pasé todas las vacaciones de la infancia en Atocha y gracias a Solís Pizarro conocí personalmente a tantos artistas y poetas que se iban a visitar y con cuyos relatos esa noche me desvelaba como a otros niños les quitaban el sueño Sandokán o Pimpinela. "Solís Pizarro era un saludo y una sonrisa", me comentó una vez el Tano Ariel Petrocelli. Si era un saludo y una hermosa amistad. En cierta ocasión lo invitó al poeta Juan Carlos Dávalos a comer un asado. El mismo quiso prepararlo como una especial atención a su lիրien invitado. En esos preparativos estaba cuando se lo arrimó don Sanca y le pregunta:

—¿Qué Solís hacer, Pizarro, con el asado?

—Dávalo vuelta, Juan Carlos —respondió el presidente de la República Lírica de Atocha.

"YO HE CONOCIDO CANTORES CON FAMA BIEN MEREcida"

Los versos del enigma los dijo Martín Fierro, ese gaucho cantor que con los milagros de la imprenta y las traducciones anda cantando en todos los idiomas del mundo. Y yo (audaz el hombre!) también digo que he conocido cantores. Algunos con fama no tan bien merecida, pero el olvido se encarga de ellos. En cambio, digo nuevamente, he conocido en Salta la voz más hermosa que escucharon mis oídos. Estoy hablando del Negro Víctor Ruiz. Nunca grabó un disco. Nadie lo conoce la edad. En una vieja carpeta guarda unas recortes de diarios de Bolivia, Paraguay, Chile y otros países que le



JUAN CARLOS DAVALOS

escucharon. Nunca vino a cantar a Buenos Aires. Le tiene miedo. Es de esos cantores que cantan por cantar y no por plata. ¿De qué vive? De algunos pesos que le dan las familias pudientes cuando canta en las iglesias para los casamientos. La socarronería provinciana le puso como veinte mil apodos. El Negro siempre tiene una sonrisa festejando él mismo la salida. No hay cantina (así se llama en el Norte al boliche de los pobres) que a eso de las tres de la mañana no se haya enamorado de su voz.

Porque la cosa es así: temprano cantan los desafinados, esos que tienen que copiarla a la zamba porque si no no suena. (Lamentablemente en los últimos tiempos los "sopladores" se están profesionalizando con el apoyo logístico de grabadoras y demás medios de promoción). Se apagan los aplausos de compromiso y en el aire se siente como una necesidad vital. Arrimándole un buen vaso de vino, uno de esos compadres que se estuvo calladito en un rincón de la cacharpaya, le pide al cantor:

—Cantate algo, Negro...

Victor Ruiz recibe el vaso, bebe despaciosamente y se justifica: "No hay piano", "no ha venido Martín Salazar" (su eterno acompañan-

te). "dejalos a los muchachos no más... si están cantando lirido..." (opina generoso).

La cantina se enciende, entonces. Todos a una sola garganta gritan y piden que cante el Maestro. Los corazones son un avispero. Los más viejos rememoran que hace muchos años, enamorados, fueron con Víctor a darle una serenata a la novla, esa misma muchacha que ya le dio como cinco hijos; los jóvenes, conocen la larga historia del Negro Ruiz, por sus padres. El dueño del boliche, se le arrima presuroso al cantor y dándole unos confidenciosos golpecitos en la espalda, como quien no quiere la cosa, le comenta: —Aquí hay un charquito que toca más o menos la guitarra y en uno de osas te pueda acompañar. El Negro, sonriendo, mueve afirmativamente la cabeza mientras se acomoda con la lengua el poderoso acuyico (bola de coca) que desde temprano ha venido rumoando; el guitarrero ya puso un pie sobre una silla y pregunta humildito:

—¿En qué tono, Maestro? El Negro le da el tono y la noche de Salta es como una rosa enamorada. El silencio se queda quietito para no molestarlo. Uno a uno van saliendo los versos románticos desde el corazón del Negro. La noche, otra vez la noche, que lo conoce desde el principio de la raza negra, le acaricia la piel. Víctor levanta la



SALTA ES UNA GUITARRA

az, tiemblan las estrellas, baja a un pianísimo de terciopelo y la gente ni respirará siquiera, para escucharlo no con los oídos sino con la vida. Porque Víctor Ruiz no canta en una noche del hombre de Salta, canta de una vez para toda la vida. Y seguramente, cuando alguien le cuente que yo escribí esto de él en Buenos Aires, amenazará con retirarme porque soy un exagerado. Pero yo sé que me quede corto y todo Salta es mi testigo.

"ANDANDO Y PENSANDO"

Azorín tenía la costumbre de andar por su vieja España pensando todo lo que vivía y veía. Una costumbre que a mí (salvando la distancia, naturalmente) también se me mutó en la sangre y que no me la puedo ni quiero sacar. Vale decir que en esta columna iré contando (pensando) lo que me enseñaron tantos amigos y andanzas.

Y para que nos pongamos de acuerdo (o no) me hice el propósito de venirme todos los viernes por la tarde a la redacción de Folklore para que los amigos que tengo en el país y aquí en la Capital se arrimen, me escriban o me llamen por teléfono. (En el pie de imprenta de la revista están la dirección y el número). Ya conseguí que los de la revista paguen el café. No prometo vino porque como decía ese alto poeta porteño Oliverio Girondo, hay poetas que en vez de emborracharse con vino (o huijsqui) lo hacen con crepusculo. Yo no sé si soy poeta (eso lo dirá el tiempo sobre mi obra), pero sí sé que me macho con atardeceres.

¿"EL BORRACHO"?

Y hablando de machos, históricos quemadores y demás hay un caso en nuestra literatura que es una riquísima paradoja.

Todo el mundo conoce (por ser después del Martín Fierro la obra argentina de mayor difusión popular) estos versos:

Ya van tres noches de festín,
[En ellas,
avido el corazón de un algo
[Inmenso
toda la vida en el placer
[condenso,
y aún tengo hambre de placer
[y amor...]

Con los versos iniciales de ese largo y universal poema de Joaquín Castellanos "El Borracho". Cuando

el Aguila Renga (así lo llamó Juan Carlos Davalos) publicó su trabajo. Inmediatamente los opas de todo el país —y no sólo de Salta— le endilgaron una supuesta vocación etílica. Y corrieron las anécdotas inventadas, los retorcidos comentarios tratando de disminuir su imagen cívica (recordemos que fue uno de los gobernadores salteños más renovadores, de mayor sensibilidad popular y de una honestidad intachable); solapados, enemigos comentaron a sus espaldas que lo habían visto al poeta "hasta el tronco" en tal lugar, que "no se podía tener en pie" en tal ocasión. Indignado Castellanos (que entre paréntesis era un abstemio rabioso) sacó una segunda edición de su obra cambiándole el título: "El temulento", empezó a llamarse en más, y aclarando, en el prólogo, que sólo los mediocres podían confundir al protagonista del libro con el autor.

No faltará ocasión en que volvamos sobre este tema, que consideramos apasionante puesto que en el "ambiente folklórico" se viene dando una sarampionosis alcohólica que, incluso, determina como ley que el que no sube al escenario en una curda de padre y señor mío no está "inspirado".

Desde luego, que no me olvidó de las palabras de Virgilio: "No viviran los poetas bebedores de agua" pero no hay que quedarse en la piel de la frase sino meterse dentro de ella y ubicarla en el tiempo en que la dijo el cantor de las campañas romanas. Además, queremos recordarles a los fragmentarios recitadores de Omar Khayyam que el autor de las "Rubaiyatas", a la par que se tomaba sus buenos vinos (cuando ya estaba viejo y destilaba un escepticismo del que "está de vuelta" de la sabiduría) era un tremendo matemático y toda su vida se levantó a las cinco de la mañana a profundizar las ciencias de la época, y leía en quince idiomas. ¿Qué tal con el Persa?

Y si quedan dudas, pienso las palabras que me decía don Antonio Lara, un gallego maravilloso que en las siestas de Villa Cristiana me enseñaba —en la infancia— a escribir coplas. "piensa que el poeta puede estar cerca del borracho, pero el borracho está siempre lejos del poeta".

COPULA

Que no se confunda mi paciente lector. No me voy a meter ni con

Freud (del que se habla tanto y se lee tan poco), ni por los difíciles vericuetos de erotismo que tan bien recorre (y con cuánta poesía!) el escritor catamarqueño Luis Franco en su ya inmortal "La hembra humana". Lo mío es más simple. Recién hablando del poeta latino Publio Virgilio Marón me acordé de que copla viene del latín, precisamente, "cópula" que significa unión, enlace. Y sí, pues. La copla es eso mismo desde sus orígenes etimológicos. Es la unión del cantor con el oyente, es el enlace de la palabra con el silencio. Porque la copla cumple en su apretada síntesis de cuatro versos las exigencias del aforismo árabe: "cuando hables, procura que tus palabras digan más que tus silencios". La copla lo rompe al silencio (¡qué hermosa paradoja!) y sucede el milagro de la belleza. Claro que esto ocurre cuando la copla es copla. Esa, por ejemplo, que cantan mis paisanos en los carnavales, o esa que escriben los grandes poetas inspirados en el pueblo.

Porque —también hay que decirlo— uno anda escuchando por ahí cada "aro, aro" que da pena, vergüenza de que a lo más puro que tiene el pueblo, su corazón cantando, lo echen a perder los improvisadores del conocimiento popular (folklore).

Sería lindo que los cantores profesionales (entre actuación y actuación) se metiesen en esas fuentes puras del cancionero que recogiera don Juan Alfonso Carrizo con su paciencia de maestro catamarqueño. O en las "Coplas para cantar con caja", recopiladas por Manuel Castilla. Después que uno lee esas coplas siente que nuestro pueblo es hermoso. Que tiene un corazón enamorado. Vaya una de muestra que muy bien se podría decir al medio de una chacarera:

*Arrimate al padecer,
padeceremos los dos
vos padecerás por mí,
yo padeceré por vos*

Amigos me voy yendo. En el próximo número de Folklore nos volveremos a pegar una encontrada en este rancho que levantamos en la noche de Buenos Aires con unas ganas tremendas de hacer amigos por los cuatro rumbos cardinales de la patria.

SALTA ES UNA GUITARRA



Escribe HUGO ALARCÓN

¿Como están, paisanos?

En el número anterior de FOLKLORE les prometí que los viernes a la tarde nos juntaríamos en la redacción de la revista para tomarnos unos buenos mates pero, como dicen los viejos de mi tierra, **el hombre propone y Dios dispone**. La cuestión es que, en estos momentos, los escribo desde Salta. Vine por impostergables razones familiares y a los pocos días de estar en la ciudad fundada por el Licenciado Hernando de Larrea, los echo de menos y siento la necesidad de juntarme con ustedes y continuar este diálogo que me enriquece.

FLADIA SARAPURA

Cuando marco el último punto aparte, Fladia Sarapura me alcanza un mate dulce con sus manos cafeñitas que conocen el secreto de los viñedos. Ella vive con nosotros y, cada vez que me olvido el remate de una copla, el final de un dicho o el principio de un cuento del duende siestero, acude en mi ayuda con su sonrisa grandota y me va entregando, gota a gota, destilado por siglos, el vino generoso de la sabiduría popular.

Sí; digo bien: Fladia me convide mates dulces. Y seguramente algún paisano de Landiscina, de Linares Cárdozo (mi entrañable amigo y maestro de Entre Ríos con el que nos tenemos prometido un surubi asado junto a las bandas del Paraná), o alguno del Sur —donde suceden los atardeceres más hermosos de la tierra— se me lo enoje porque estoy hablando de mate dulce.

MATE DULCE

No tengo una justificación muy convincente sobre el azúcar de mi mate pero aquí, en Salta, siempre lo tomamos dulce. Sé que es ofensivo matear dulce en el Litoral, o en la pampa. En cambio los norteños somos dulceros. Y el mate, en estos pagos es fundamentalmente una ceremonia familiar. Generalmente, el



norteño no matea solo. Lo hace en familia. Casi siempre a la tarde. Después de la infaltable siesta, las viejas comienzan a trajinar en los petíos solariegos, riegan con doméstica ternura la última plantita que les regaló la comadre y en eso, a esa luminosa hora de la tarde, ocurre (más o menos) el siguiente diálogo:

—¡Chinita! . . . están llamando . . . Andá a ver quién a venio —le reclama a la hija menor.

Es nomás la comadre que se ha llegado de paso a saludar y a enterarse cómo anda el compadre con la gripe que la ha tenido a mal traer, y que entra acariciándole la cabeza a la ahijada que la salió a recibir.

—Buenas tardes, comadrita. Ayer le amasan y me dije: mañana voy a ir a llevarle unos bollitos a la comadre pa' que pruebe.

—Ya se ha estao molestando la comadre . . . Han de estar ricos como siempre —y recibe el par de bollitos envueltos en una servilleta grande, y blanca como la harina de tan limpia.

Se sientan en el patio e inician la ceremonia.

El mate va y viona de las manos paspadas por el frío de la hija/o menor (chinita/chengo) que —ya es tradición— es la encargada/o de cebar el mate.

La radio insiste con la "López Pereyra", por Los Chalchaleros, o "Recuerdos salteños", por Los Fronterizos.

—Echale un poquito de cedrón —recomienda la dueña de casa, agregando— Soplá el fuego pa' que no se te enfríe la pava —y comenta con una mirada picarona—: Tomar mate helao es como casarse con un viejo.

—Así es comadrita —responde la visita con una sonrisa cómplice.

Ese es el principio de un largo y sabroso intercambio de chismes, noticias, cuentos y demás. Como quien no quiere la cosa recorren vida y obra de santos y diablos de todo el barrio. Las santas y diablas (un plato preferido de las comadres) no quedan al margen. En ese mate con cuero están cuando llega el hombre de la casa. Trae en todo su cuerpo el recuerdo inmediato de sus trabajos, de sus diarios menesteres de hombre de pueblo. La mujer —después de los consabidos saludos— le pregunta:

—¿Querás un mate, viejo?

El hombre se justifica diciendo que mejor va a tomar mate cocido para probar los bollitos de la comadre y ésta (conocedora de las reglas del juego, o, mejor dicho, de la mateada) se despide argumentando que ya me deben estar echando de menos en la casa, así que me voy a ir yendo nomás.

Esta misma escena sucede (con mayores o menores detalles) en Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, y otros pagos norteños.

Las veces que habré protestado porque mi mamá (así, sin acento en la última vocal) me ponía a cebar mate con el argumento —que nunca hirió mi vanidad— de que los servía espumosos, y la comadre no se iba y me tenía que estar yendo y viniendo con el mate quemándome las manos, y en la piel un olor a romero llenando la casa con su perfume verde.

Mate con yuyos, mate con cáscara de naranja, mate con cuero, con café y —para el invierno— hasta con aguardiente, pero siempre dulce. Los norteños no tomamos mate amargo.

SALTA ES UNA GUITARRA



Según el diccionario, cimarrón quiere decir animal salvaje, o mate sin azúcar. Será por eso que cuando algunos "folkloristas" cuentan por las radios y las televisiones que estuvieron en el Norte, ¿viste?, y se tomaron unos buenos cimarrones, las viejas sonríen irónicas preguntando como quién no sabe la cosa: ¿Qué será no?

LA SACERDOTISA DE LA DIOSA SHIVA

Marta, la dulce secretaria de la revista (siento que la dulzura del mate norteño me persigue) siempre comenta: los subtítulos de la columna de Hugo son un recurso para hacerse leer pero, por ahí, juega al truco con cuatro cartas. Trataré de no hacer trampas en el truco y de explicarme lo más rápido que me sea posible. Shiva o Ziva —como prefieren escribirlo los ortodoxos— es, según Padma Purana, citado por Alejandro Hegedüs en su Dioses, Cultos y Dogmas, uno de los rostros del Espíritu Supremo: En el principio del gran Vishnú, deseoso de crear el mundo, se convirtió en trino: creador, conservador, destructor; empujó del lado derecho de su cuerpo a sí mismo, como Brahma, luego del lado izquierdo a Vishnú y del lado derecho al eterno Shiva. Otros libros sagrados de la India agregan: Shiva danza en el alma para limpiar nuestros pecados y fluye sobre el hombre el océano de las bendiciones.

Una diosa que danza en el alma.

El paciente lector (ya impaciente con tantas vueltas) se estará preguntando adónde quiero ir recordando mis escasísimos conocimientos sobre las regiones orientales. Un momentito, por favor, y todo se irá aclarando.

Pienso en la diosa Shiva porque rememoro al poeta francés Saint-John Perse viéndola ir y venir con el mate a mi Fladia Sarapura que, con su profundo silencio, me da la imagen de esas calladas mujeres del Oriente que como una fuente sagrada conservan el saber del pueblo. Y digo que me acuerdo del poeta Saint-John Perse (que entre paréntesis es uno de los ganadores del Premio Nobel) porque en su vida también se dio una Fladia Sarapura en una circunstancia tan singular que aún sus biógrafos siguen rascándose preocupados la cabeza como ante el misterio, como ante el asombro sin respuesta. El autor de Imágenes para Crusoe y Para celebrar una infancia, que en realidad no se llamaba Saint-John Perse (otro misterio),

sino Alexis Léger, nació en una isla del Caribe que llevaba el nombre de sus antepasados. Como buen hijo de colono, a los 12 años fue enviado a estudiar a Francia. Pasó el tiempo, se recibió de médico, abogado y licenciado en Letras (éstas eran las no muy modestas pretensiones de sus padres) y comenzó una larga y fecunda carrera diplomática y literaria.

Incluso, actuó en la resistencia francesa y triunfante el general De Gaulle, le ofreció el Ministerio de Relaciones Exteriores, que el diplomático Léger no aceptó porque el poeta Saint-John Perse le exigía todo el tiempo para la poesía. Uno a uno iban apareciendo sus libros para sorpresa de los críticos que no podían (críticos al fin) encasillarlos dentro de la tradicional producción típicamente francesa y occidental. Sus poemas, si bien es cierto escritos en un francés clásico y exquisito, trasuntan un espíritu oriental que se detiene, iluminándolos, en los mínimos seres, los íntimos matices del paisaje antillano. Así iba la cosa hasta que un inteligente lector ahondó en la infancia del poeta y descubrió que si bien recibió de sus padres una hermética formación cultural francesa, en la isla de su infancia tenía una nodriza hindú que secretamente, era sacerdotisa de Shiva, y que sostenía (sólo a los iniciados) que su niño curaba por la mera implantación de las manos, como nos recuerda Jorge Zalamea, uno de sus últimos traductores al castellano. Decimos uno de los últimos, porque el primero que lo tradujo por estos pagos fue el gaucho Ricardo Güiraldes.

Raine María Rilke le aconseja a un amigo, en sus famosas Cartas a un joven poeta, que cuando se le agoten los temas acuda a su infancia, donde encontrará una fuente de permanente inspiración. Este consejo del poeta alemán nos sirve para la explicación de la poesía de Saint-John Perse. El antillano acudió (ya grande) a su infancia y, seguramente, tomaron carnadura en sus poemas la imagen, las palabras, los silencios, los secretos de esa morena muchacha que en la isla de los recuerdos lo inició en los asombros de las creencias populares. Y con esta consideración —creo— ya me estoy acercando al principio. El paisaje, los misterios de la tierra, siempre trajinando en el artista aunque éste se vaya al fin del mundo. Ahora, que estoy de vuelta en mi tierra, ahora que su sol se mete por la ventana de mi biblioteca, la miro a Fladia Sarapura y siento en la piel su silencio calchaquí, su profunda sabiduría que no está en los libros de mi biblioteca, ni en la de Borges, que como es ciego no tiene ojos para las Fladias Sarapuras de nuestra tierra, a diferencia del gran ciego, Homero, que tenía un oído sensibilísimo para los personajes y temas populares.

Menos mal que ella no lee lo que estoy escribiendo para mis amigos de Salta es una guitarra porque probablemente cuando le pregunte sobre cómo hay que ofrecer las privanzas de la cosecha a la Pachamama diciéndole Cusilla, Cusilla, me mire como si no entendiese mi pregunta, limitándose a responder:

—No sé, niño . . . Esas cosas yo no sé.

Es mejor que no me lea porque yo tendría la sensación de que comuniqué a muchos el secreto.

Yo habría faltado al silencio de la tierra.

COSAS VEREDAS EN EL UNICO CIRCULO QUE NO ES VICIOSO

Ya se hizo un lugar común decir cuando una persona se reitera en las mismas mañas, engaños o vicios que ha caído, que está encerrado, que no sale de un círculo vicioso. Pero se da el caso que nosotros conocemos El Círculo, una institución que queca en la calle Caseros al 700 de la ciudad de Salta que —afortunadamente— no es un círculo vicioso. Todo lo contrario: es una institución social y cultural de larga y gloriosa historia. Allí se reúne la bohemia provinciana. La gente se junta a jugar una partidita de ajedrez, de truco, dominó, y otros juegos, a tomarse un café conversador, a guitarrar, o a escuchar en su



José Solís Pizarro: En la primera entrega de "Salta es una guitarra", le hablábamos de él, el poeta gaucha que en su república lírica de Atocha (la finca donde residía) creó el "Cementerio de los pájaros", una ternura de poeta, sin duda.

piano la primera, o la última canción salteña. Las gruesas paredes de esa vieja casona aún tienen la memoria de la tonada de don Juan Carlos Dávalos dando su último recital. Allí también tocaron el piano don Artidoro Cresseri y el inolvidable Martín Salazar. Ahora, el piano conoce en sus mínimos secretos los dedos del Cuchi Leguizamón. Van viejos y changos. Juntos, en una inquieta vocación cultural.

Yo tengo muy mala memoria, pero de algunos de los que participan en esas largas y provechosas (para el oyente) tertulias me acuerdo. De su presidente, don Santiago Torrego (toda una institución), Augusto Lafuente (se lo pasa buscando plata para que los changos del equipo de ajedrez puedan viajar), Hugo Agollo (su inquieto vicepresidente), Martín Mateo (campeón mundial de dominó), Ciro José Amezua (un gallego maravilloso que vende libros y que como tiene tantos amigos, por ahí, se olvida de cobrarlos), Piquito Arco (se sabe de memoria todo el repertorio de los conjuntos salteños), Manuel (y cuando un salteño dice Manuel, en Salta todos saben que se refiere al poeta Manuel Castilla; como decir Pablo —y saber que es Nerida— o Alfonsina —y que no haga falta agregar Sto ni—), Hugo Riera (fiel seguidor de cacharpayas, hijo de don Juan Riera— a quien el Cuchi y Manuel le

dedicaron la Zamba del Panadero), Cilindro Gudino (que se declara con gripe si no lo dejan ir), Mocile Jovanovich (muy buen ajedrecista que en sus mocedades cantaba folklore y como es yugoasiavo fresaba los temas como Tarzán), David Ostrzega (se pronuncia Ozchega pero hay que hacer un cursillo para escribirlo correctamente, más familiarmente llamado Timochenko, que habla como quince idiomas y se lo pasa discutiendo sobre el origen de la penicilina con el siempre contradictorio ingeniero Cadú), este último que sostiene con profusión de datos científicos que la base de operaciones de los platos voladores queda en Cachi, pero los sabios no quieren difundir el dato para evitar una sicosis entre los salteños), Ernesto Escartín (el único dentista del mundo que dan ganas de visitar y que lo llaman ingeniero pobre porque ya hizo como cien "puentes" pero es tan bohemio que no pudo cobrar ni uno), el Rana Ubeira (lo llaman Quijote porque sostiene que su Dulcinea vendrá a buscarlo desde la Atlántida que existe según lo probó el ingeniero Cadú, desde luego), Tomás Acosta (le dicen El Fantasma, porque siempre se anda escondiendo de las numerosas novias que lo acosan, buen ajedrecista; tanto que integró el equipo que salió campeón argentino —y esto ya fuera de broma—), el Pato Giménez, Julio César Reinaga (los dos integrantes del dúo Los Cumpas) y los infaltables Ariel Petrocelli y el Cuchi Leguizamón. Son muchos más los contertulios pero ya me justifico diciendo que tengo mala memoria. Ojalá me justifiquen los que no recordé.

Justamente en una de esas tertulias, se armó una entre el Cuchi y el Tano. La cosa ya venía de antes. Como en las conversaciones interviene todo el mundo, hay tardes en que la reunión se convierte en un viviente (pero amistoso) aquelarre. Las partidas de ajedrez siempre terminan en una larga disputa verbal porque, al final, nadie sabe quién —en un descuido de los trebejistas— se guardó en el bolsillo un alfil, o lo hizo correr, apostándole unos buenos ganadores, al caballo negro; en tanto la reina, prisionera entre dos torres, suspira por el Eddy Fernández (el galán recio de El Círculo) en el instante mismo en que el rey le mira envidioso la mefistofélica barba al Cuchi, y los peones celebran la canción Cuando tenga la tierra de Petrocelli. Y de pronto, de esa Babel de voces, interjecciones, agudas exclamaciones, risas y risotadas, el Cuchi le pregunta al Tano Petrocelli:

—Ché, gringo... ¿qué andás diciendo del Fiero Arias?

—Yo lo único que comenté es que la otra noche se machó en Balderrama —responde el interpelado haciéndose el opa.

—Menos mal, porque si lo atacaneás al Fiero se te puede enojar doña Eulogia Tapla (personaje de la zamba La Pomeña)...

—¡Bah!... Si yo sé que ella es muy amiga de María Baguala...

—¿Cuál? ¿La Pastorcita Perdida?

—No te hagás el desentendido que ya mi enterau que la Inesita / pobrecita... tiende ancho y duerme solita anda detrás de Maturana ese chileno de nacimiento...

—Ta bien —asiente el Cuchi—. Lo mejor que podemos hacer es tomarnos unos vinos y comernos un buen asado con El Seclanteño. ¿Dónde te parece que nos podemos juntar?

—En El Antigal, ¿te parece bien? —propone Petrocelli.

—¡Al pelot! —remata el Cuchi—. Pero no te vengas con tu Angel (zamba del) porque es capaz de convertir el vino en leche y vos sabés que el asado sin vino es más aburrido que masticar clavos.

Valentín Altobelli (el Figueroa de Italia) escucha la última parte del diálogo y le pregunta ofendido al Cuchi:

—Ahhh, doctor... así que estamos de asado y no

SALTA ES UNA GUITARRA

invita, ¿no? Ta bien... se corta solo, no más. Ya no se acuerda de los pobres.

Y el Cuchi le responde:

—Mirá, changuito... vos vas a venir cuando sea el asado de las chacareras. Ahora es el de las zambas.

—Ta bien, doctor, muchas gracias. Yo sabía que usted no me iba a dejar a un costado.

EL MARQUEZ DE LOS ROCIOS

Salta tuvo un músico. Se llamaba Martín Salazar. Tocaba el piano y el corazón de los hombres. Cuando la noche se ponía triste, llegaba Martín y la noche sonreía con una luna grandota. Era de mediana estatura pero de una nervadura de roble y de un espíritu templado en el mejor acero. Su padre, un republicano español, lo había iniciado en el amor a la libertad, y su madre, tucumana tradicionalista, le encendió en el pecho la estrella del amor al arte y a la tierra de sus mayores. Enseñaba música en una escuela y (¡menos mal!) siempre tenía directoras que, sensibilizadas por su espíritu, nunca le decían nada cuando llegaba tarde los lunes, hasta que se jubiló, gracias a las gestiones que le hizo Julio Rajarito Arroz a quien Martín solía saludar diciéndole que él le recordaba que ya estaba viejo porque lo había jubilado. Al lunes hay que sacarlo del almanaque; es el día que más sueño tengo, sobre todo por la mañana, proponía con una risotada. Sucedió que para Martín Salazar hacía falta que toda la semana sea un sábado a la noche. Extraño bebedor. Confesaba que no sabía tomar a solas. Para él, el vino se debía beber acompañado porque solo se vuelve vinagre.

De lunes a viernes no tomaba una gota a no ser que me lo encuentre al Negro Ruiz; él tiene la culpa

de que me tiende y me pegue unas azañas de Padre y Señor Mio que terminan en la Salamanca, se justificaba. Con Víctor Ruiz (ver FOLKLORE N. 289), se conocían desde changos. Una vez, el cura parroco de Cachi trajo a la ciudad a un morenetto que cantaba la misa. Y cantaba como los ángeles. Pero, para que lo acompañe en el órgano de la Catedral necesitaban un músico que lea las partituras a primera vista y ahí apareció Martín. Dios nos juntó en una iglesia con el Negro, por eso todo lo que hagamos juntos nos está perdonado, en el cielo los músicos y cantores tienen privilegios filosofaba. Y anduvieron juntos toda la vida.

En una ocasión Martín estaba actuando en un local nocturno de la Rusa María (a la que le dedicaron una zamba que no tiene nada que ver ni con ella ni con su leyenda, siguiendo la incalificable costumbre de escribir desde Buenos Aires sobre paisajes y personajes que se conocen de oídas). Era una noche muy especial. La polaca Celestina le recomendó al músico que se porte bien porque había llegado un estanciero que tenía pesos fuertes y estaba pagando copas a diestra y siniestra porque en el local actuaba una rubia que lo tenía enloquecido. La rubia cantaba, o al menos estaba anunciada en la cartelera del Tabaris como cantante frívola. Se presentó la favorita del estanciero platado a quien le dirigió las consabidas sonrisitas, dedicándole el primer tema de su actuación y... se armó la cosa. Entonó (desafinando) los primeros versos de la canción y el local se llenó con las notas vibrantes de Estudio revolucionario de Chopin. La Rusa se agarraba la cabeza, la favorita se quería tragar el micrófono. Terminó el músico de desarrollar a plenitud la, en esos momentos, larga composición del maestro polaco y volviéndose hacia el público saludaba inclinando la cabeza. Los circunstantes, sorprendidos, comenzaron a aplaudir y el estanciero, para no pasar papelón, dirigiéndose al escenario felicitó a Martín mientras exclamaba para que lo escucharan todos:

—¡Bravo maestro! ¡Bravo!... Amo la música de Beethoven.

—Gracias doctor, gracias... lo que Salamanca no da

Martín Salazar (el marqués de los rocios), junto al piano; frente al micrófono el Negro Ruiz. Ya en una orquesta como ésta, o en cualquier circunstancia de la vida, se los vio siempre juntos.



la estancia no presta —respondió Martín Salazar, y se fue a tomar unos vinos con unos músicos amigos que lo esperaban en la trastienda.

Otra vez lo llevé a mi casa. Estaban todos. **Aquí no falta nadie para que esto sea un infierno; en seguida llega el doctor Fausto, comentaba Martín, añadiendo: chiste ále... man.** Y sentándose al piano se iba con una fuga de Bach, bailaba una zamba de Cayetano Saluzzi, o lloraba con un tango de Cobián, y volviéndose desde el piano me dijo a los gritos:

—Che, Diablo... aquí no pasa nada. **No comemos pero nos divertimos,** aludiendo al hecho de que todavía mi gente no había terminado de preparar el asado.

Siempre (de lunes a viernes) iba al mediodía a mi casa. Largo tiempo no supe a qué iba, puesto que apenas si me saludaba y no quería quedarse a comer, hasta que le descubrí el secreto. Iba a ver a mis changos (sus sobrinos) que enterados de la clave no bien llegaba le revolvián los bolsillos en los que naturalmente encontraban sus caramelos. En su vida, tuvo un solo hijo pero se le murió pequeño.

Conocía al dedillo la geografía nocturna de Salta. **El Coya Humacata** le compró un piano para que lo toque únicamente el Maestro. Muerto Martín Salazar, al piano le pusieron llave. También caía a lo de la **Tuerta Tota** (la heredera en el oficio de la Rusa María) y les recitaba letras de tangos a las pupilas.

En su homenaje, la **Serenata de Cafayate**, un festival originalísimo en la tierra del vino, se llama Martín Salazar... y el escenario **Payo Solá**; que gracias a las gestiones del **Centro Amigos de Salta en Buenos Aires**, dirigido por el ingeniero **Argentino Marrázo** y **Julio Arroz**, los restos del Payo fueron llevados desde la Capital Federal a su tierra natal, Cafayate.

Cuando en Buenos Aires me contaron por teléfono (qué tremendo es el teléfono en ciertas ocasiones) que Martín se había muerto, me negué a creerlo. Para mí, Martín Salazar (bromista al fin) nos había gastado un chiste más de los suyos. Por eso, las palabras que le junté a su memoria se llaman

ELEGIA CONJETURAL

*A qué juegas, Martín, vamos, no sigas
no me vengas con bromas tan pesadas
no es cuestión de morir en primavera
así como si nada.*

*Qué camisa de luto para verte
qué zapatos solemnes, qué corbata
me visto de Chaplin con tu alegría
y con tu carcajada.*

*Iremos por las calles del Mercado
con su sombra del brazo, ¡ay!, mi hermana
a bebernos la vida que nos sobra
y el vino que nos falta.*

*Esas viejas que barren las veredas
prenderán un clavel en tu solapa
nombrándote Marqués de los Rocíos
y Músico de Salta.*

*No faltará un fragante carpintero
que te invite un domingo de empanadas
y un albañil con sus humitas pobres
olorosas de albahaca.*

*Esto que voy contando y que me duele
sucedió tantas veces en mi casa
no le digo a la Negra que te has ido
que se acabó a mis huahuas.*

*Qué sé yo de tu música y tu piano
dónde voy a guardar tu pentagrama
qué le cuento a la gente que pregunta
tu nombre en Balderrama.*

*En el Jockey me dejas de propina
con este Víctor Ruiz sin serenatas
que anda llorando su "Osito de felpa"
sin Martín por el alba.*

*Prometo, Salazar cuando te mueras
nadie tocará el piano en Humacata
y hasta el Bajo le dará licencia
a la Tota con su lágrima.*

*En el truco, la muerte no te puede
con su siete de copa y su as de espada
te sobran cartas para un falta envideo
tiene flor tu baraja.*

*Bueno, Martín termina con la broma
y recoge tu sangre derramada
que queda Salazar por mucho tiempo
y el pájaro en su rama.*

* * *

Paísanos, el próximo número de FOLKLORE nos volveremos a pegar una encontrada en este rancho que levantamos en la noche de Buenos Aires para abrazarnos con la gente de todo el país.



CASOS Y COSAS DE UN PROVINCIANO

SALTA ES UNA GUITARRA



Escribe Hugo Alarcón

¿Cómo están, paisanos?

Sobre la mesa de trabajo tengo una montaña de papeles, recuerdos, fotografías, recomendaciones, libros de autores amigos que me prometí comentar (*Ambito de Carlos di Leandro y Coplas de Ricardo Saavedra*), algunas postales que desde Europa me mandaron Los Cantores del Alba, unos cassettes (¿no habrá una palabra en castellano que signifique lo mismo y que no sea tan difícil?) con una montonera de melodías de *Simón Gutiérrez, Horacio Aguirre, Don Cayetano Saluzzi, Lito Nieva, Eduardo Falú, el Cuchi Leguizamón...* a las que tengo que poner letras, y la luna sube desde el cerro San Bernardo, se mete por la ventana de mi biblioteca, y yo me quedo en la luna.

Estamos en agosto y esta tarde vi, caminando por el barrio de mi infancia, que el verde primavera ya empieza a trajinar en las ramas secas del invierno. Porque aquí, la primavera es una muchacha que siempre llega temprano. También escuché las campanas del Milagro. Ya se viene setiembre, ya en el Altar Mayor de la Catedral entronizaron las imágenes del Señor y de la Virgen del Milagro y empezará el novenario y otra vez las campanas, y mis paisanos vendrán desde los valles, la selva, la cordillera, el trópico, y todos, el 15 de setiembre se juntarán en una procesión que no he visto en ninguna parte del ancho (gracias a Dios) mundo que conozco.



Don Jaime Capó: un carpero que hizo historia, junto a su hijo Cristóbal, o "el doctor Chalita, diplomado en sonrisas", como él se presentaba.

Siempre volvía para setiembre. Este año ya tengo preparadas las valijas para irme.

Me hace frío.

La luna es de metal y sólo escucho en la noche, un horizonte de perros y el teclear de mi pequeña máquina de escribir.

Ya no sé si soy yo el que escribe o es mi máquina la que me está escribiendo.

Enciende un cigarrillo y mientras pienso en mis amigos de Buenos Aires (y de todo el país) observo el rostro barbado del Chacho Royo, que me mira desde una foto:

*"Ayer canté en la Caldera
y en Campo Alegre;
donde canta el Chacho Royo
sus coplas
hasta las piedras florecen."*

También me miran *Juan Carlos Ibarra* (endemoniado zapateador), *Emma y Cacho Polo* (un dúo de viejos cantores que si no existiese habría que inventarlo), *Don Buenaventura Luna, el Flero Arias, los Hermanos Gutiérrez y Dino Saluzzi* (cuando eran changuitos), *Jaime Dávalos* cuando no tenía barba, *Eduardo Falú* cuando peinaba una melena más larga que la mía.

Mejor sigo escribiendo porque —desde las fotos que me prestó *Hugo Riera*— los recuerdos son tan fuertes que soy capaz de quedarme en la luna... de la nostalgia.

LOS "PATOS MALAMBEROS" Y LOS CANTORES DEL ALBA



Chalita y el Trío Los Panchos. Este fue uno de los tantos números internacionales que pasaron por el parque de diversiones.

Por el cancionero, Cerrillos se ha puesto de moda. Sobre todo para el carnaval. Allí se levantan, ahora, las carpas que poco a poco se van yendo de la ciudad de Salta. Pero hace unos años el carnaval con sus carpas habitaba las calles de la ciudad. A principio de siglo se levantaban carpas en la llamada calle 11 (actual Pellegrini) en la que —según la memoria de las viejas— actuaban con sus respectivos conjuntos, *El Flero Arias, Cayetano Saluzzi* (autor de "La alejada", "El apunado", "La rosa cruel") y *Ramón Burgos* ("Recuerdos Salteños"). También se dice que cerca del *Puente I palo* revolvió su pañuelo en una zamba la *Juana Figueras*. Años después, apareció un carpero que hizo historia, *Don Jaime Capó*. El poeta *José Ríos* (sobre el que ya tenemos escrita una semblanza que publicaremos en otra edición de *Salta es una guitarra*) le dedicó una zamba con música del *Tula Gutiérrez*. La Carpa de *Don Jaime*:

*Para usted
que no está
solo, tengo una zamba
y un blanco pañuelito*



Los Cantores del Alba actuando en el Politeama Park. Alguna vez su nombre fue objeto de las increíbles ocurrencias de Chalita

*que hallé solito en el carnaval
Quién lo vendrá a buscar
al pañuelito del carnaval.*

Algún día les contaré algunas anécdotas de *Don Jaime Capó*. Hoy quiero hablarles de su hijo *Cristóbal*. Un personaje de Rabelais. Siendo chango se fue con un circo —en los tiempos en que los circos daban representaciones teatrales— y protagonizó una intensa galería de personajes gauchescos entre los que no faltaron *Juan Moreira, Nazareno Cruz* (el del lobo) y desde luego *Hormiga Negra*. Así anduvo todo el país. También hizo de payaso cuando el teatro popular fue, de safortunadamente, reemplazado por los traumatizantes novelones de la televisión. De su largo peregrinar le quedaron unos pesos con los que instaló el *Politeama Park*.

Allí actuaron, en sus principios, *Eduardo Falú* haciendo dúo con *César Perdiguero*; el *Chango Moreno* (que después integró *Los Fronterizos*) *Julio César Isella* y *Tomás Campos* que cantaban mexicano y *Zamba Quiplidor*, cuando se llamaba *Gregorio*. Y muchos otros. Entre actuación y actuación de los artistas de cartel, *Cristóbal Capó* se presentaba como el *Dr. Chalita, diplomado en sonrisas*. E hizo de las suyas. El típico cómico de barrio. Conoce todos los recursos de la sonrisa popular. Cuando sale al escenario, los changos le gritan incendios y él les contesta como para ellos con sus salidas de antología. Tiene el chispazo, el retruécano oportuno. Es un improvisador de la sonrisa. No trabaja con libreto. Los cómicos de gran cartel (algunos opas inventados por la televisión y las productoras) tiemblan al actuar junto a él porque los borra del escenario. En su *Politeama Park*, que ahora es un parque inmenso que anda por la provincia de Buenos Aires se presentaron desde el *Coya Quintilipi* hasta *Nat King Cole* pasando por *Los Panchos*. Y el *Dr. Chalita* sigue actuando (su vocación de payaso le impide darse cuenta que ya es un empresario) con su boca pintarrajeada y sus pantalones grandotes. Pero cuando se baja del escenario es el hombre más tímido y generoso del mundo. Una vez, con un grupo de amigos hicimos una campaña del juguete para los changuitos sin Reyes Magos y él nos prestó el parque por una semana. Pagó hasta la luz y nosotros juntamos —gracias a su generosidad— una ponchada de juguetes y un millón de sonrisas infantiles. Hace unos días cuando se realizaba la Semana de Salta en el

Teatro Discépolo, entró con cara de doctor en serio y dirigiéndose a los organizadores, con gran solemnidad les dijo: Buenas noches... vengo a comunicarles que el poeta César Perdigüero no podrá dar su anunciada conferencia y me ha pedido que lo reemplace. ¿Ya me prepararon la jarra con el vaso de agua?

Sorprendidos los organizadores fueron a buscar al Cuchi Leguizamón, que era el director de los festejos, quien se vino gritando:

—Tengan cuidado!... ¡Es el Dr. Chalita! No lo dejen salir al escenario... Es capaz de mandarse una de las suyas

"Ofendido" el Dr. Chalita, ya sobre el final de la semana, no permitió que los fotógrafos le sacasen una foto junto a Eduardo Falú, porque sostenía que Eduardo se quería promocionar con él que era muy conocido en Europa, a donde en esos días, viajaba la Guitarra Mayor del país.

Otra vez (cuántas veces tiene Chalita) anunció a toda publicidad que el Parque de Chalita presenta **LOS PATOS MALAMBEROS. Hoy... nunca visto... Hoy.** Se llenó el parque. El público estaba expectante y nervioso. Y de pronto, se encendieron las luces del escenario, y apareció el Dr. Chalita vestido con traje y corbata y haciéndose el **Gringo Montesana** (locutor presidencial) dijo con voz engolada: **Señoras y Señores... recién llegados de Kenya, les presento a... LOS PATOS MALAMBEROS!!!** Sobre una planchuela de metal saludaban los famosísimos patos que iban y venían por la tarima metálica como esos bailarines del **Hugo Giménez** que esperan la música para iniciar el malambo. Y se largó la música. Ante el asombro de los espectadores, los patos empezaron a levantar las patas, primero lentamente, después con mayor intensidad, comenzaron a marcar el ritmo de la danza sureña. A medida que transcurrían los minutos los patos pegaban saltos y la gente enloquecida. ¡Otra!... ¡Otra!... reclamaba el público. Chalita justificó a los patos diciendo que no podían repetir su actuación, porque venían cansados de su larga gira internacional, y los espectadores se fueron a sus casas contentos de haber pagado su entrada para ver un espectáculo tan original.

A los pocos días de la actuación de los patos malamberos, salió en los diarios un comunicado de la Sociedad Protectora de animales denunciando al Dr. Chalita. Lo que había pasado es que debajo de la planchuela metálica donde habían

asentado sus acrobáticas mudanzas los patos se había instalado el **Loco Morgan** que cuando largaron el disco con el malambo, le arrimaba un soplete encendido a la plancha que, a medida que se calentaba, encendía la vocación malambera de los patos.

También anunció a **Hugo del Carril** y presentó sobre el escenario a un gaucho que tenía todo el paisaje de la tierra en el rostro. Chalita le preguntó: —Dígame señor... ¿de dónde es usted? —**Del Carril** (un pueblo de Salta) —respondió el gaucho. **Muy bien, estimado público. Yo les dije que les iba a presentar a "uno Del Carril", así que después no se estén quejando de que anuncié a un artista y presento a otro.**

Comenzaron a llover naranjazos sobre Chalita y el gaucho carrileño y el Dr. parando la **indiada**, les dijo:

—Ve... no tienen sentido del humor... Aquí está **Hugo del Carril**, quien se presentó sonriendo por la salida del original empresario y, esa noche, cantó como en sus mejores tiempos.

Pero la máxima del Dr. Chalita fue en Orán, ciudad norteña en la que los integrantes del conjunto **Los Cantores del Alba** son ídolos. Los carteles anunciaban: Esta noche. Los Cantores del Alba, exclusivos en el Parque de Chalita. Enterados del anuncio los amigos de Pantaleón, Vaca, Campos y Aguirre los buscaron en todos los hoteles de Orán pero los cantores no estaban. Llegó la noche y el parque estaba de bote a bote. El espectáculo se iba desarrollando con toda normalidad, pero la gente, de tanto en tanto, le preguntaba a Chalita sobre los anunciados intérpretes. Muy tranquilo, el Dr. les respondía que ya actuarían en seguida, hasta que anunció: **Si ustedes esperan un segundito regreso con LOS CANTORES DEL ALBA!!!**

Y regresó con una bolsa al hombro y, uno a uno, fue soltando sobre el escenario cuatro hermosos gallos, mientras por el micrófono anunciaba: He aquí a Los Cantores del Alba... ¿O no son los gallos, los cantores del alba?

Todavía lo andan buscando para que les devuelva el importe de la entrada.

Palसानos: en el próximo número de **Folklore** nos volveremos a pegar una encontrada en este rancho que levantamos en el tiempo de Buenos Aires para darnos un abrazo con toda la buena gente que día a día protagoniza desde su trabajo el destino de este país nuestro de cada esperanza.



La presentación de Hugo del Carril también sirvió para que Chalita gastara al público otra de sus inefables bromas.

CASOS Y COSAS DE UN
PROVINCIANO

SALTA ES UNA GUITARRA

Escribe HUGO ALARCON

CUANDO EL HIJO PRODIGO ES PROFETA EN SU TIERRA

El día que me metieron en este baile de los Casos y Cosas de un Provinciano ni por aproximación imaginé que iba a tener tanta suerte con la gente. Porque se da el caso que, en todo este tiempo que pasé en Salta, sólo me encontré con los que me quieren. (Será que los otros pasan por la vereda del frente y como soy corto de vista no los veo). El número de agosto de la revista se agotó el primer día (y que conste que no conozco la palabra "camelo" porque —hasta ahora— no me hace falta), y cuando fui al quiosco donde compro los diarios, el dueño, el incomparable Ayita, me dijo que me podría prestar *Folklore*... pero un ratito no más porque se la tenía que llevar a los changos de Pellegrini (el humilde club de mis amores) y que Oscar Monterrichel (su vicepresidente) estaba preparando un poderoso asado en el que se sacarían unas fotos que yo tendría que publicar para que el país sepa que Pellegrini es el mejor cuadro de fútbol del mundo y sus alrededores y que prontito irá al Nacional como afirma a los cuatro vientos Pericote Narz.

Martin Miguel Dávalos (hermano de Jaime) me convidó un café mientras me recomendaba que si nuestro equipo trabaja fuerte (atención ¡Miguel y Marta!), *Folklore* tiene que ser la revista de la cultura argentina. Son sus palabras y las copio tal como me las dijo.

El poeta José Ríos (autor de zambas como Juan Figueroa, Felipe Varela, Carpa de don Jaime, Zamba del Carpintero y otras) me encontró en la plaza 9 de Julio y me ordenó amistosamente:

—Dice mi señora que esta tarde tenés que ir a la casa a tomar mate cocido con bollos, y dulce de leche casero.

Fui, me trataron como a un hijo (esos hijos mimosos y mal criados), y me dieron una ponchada de valiosos consejos para que la revista sea la voz de los provincianos.

Los hermanos Darío, Celestino y Juan Balderrama me llevaron a su casa y como soy tan flaco me retaron porque seguramente en Buenos Aires me lo paso fumando y tomando café todo el día. Aún conservo la memoria del mote (maíz hervido) que me convidaron para que engorde.

Me junté en mis andanzas con pintores, escritores, poetas, músicos, artistas, recorrí los barrios y hablé con los hombres del pueblo que me contaron de sus oficios, y no faltaron los reclamos

por la letra de tal o cual zamba que aún no escribí, y que me estoy haciendo esperar tanto.

Lo ví a Freddy Pérez (un periodista gauchazo) como también así a Pila Martínez y a su tocayo el Pucho Martínez. Luis Plaza me hizo una nota en su programa de televisión y enterados mis amigos que andaba por Salta me llevaron una semana entera de la que sólo me acuerdo que me llevaron. En eso andaba cuando me saqué una foto con la Señorita Gutiérrez (una generosa mecenas de poetas y cantores que vive en una zamba de Lito Nieva, "La Tía Neta" que Los Nombradores la cantan en todas las serenatas).

También fui al cine a ver *El canto cuenta su historia* con César Perdiguero y su señora y sus changos, y con Manuel Castilla y su señora Doña Catu. Se preocuparon por mi salud, me recomendaron que me cuide de la gripe y que no me deje el pelo tan largo. Esa noche, volví a mi casa con una estrella en el corazón. Me sentía como el hijo pródigo que vuelve y lo reciben con los brazos abiertos.

Me llevo a Buenos Aires, fotos, memorias, ideas, recuerdos, ocurrencias, sucesos, anécdotas que me alcanzan para escribir toda la columna del año, por lo menos, porque ya tengo la gratísima sensación de que no soy yo el que la escribe sino el buen espíritu de tanta gente sana que me alienta y me ayuda. Sé que cuando salga por esos caminos de la Patria y me junte con la gente de todo el país, tendré la misma suerte.

LA METAFORA DE DON JORGE LUIS BORGES Y EL NUNCA TAN BIEN PONDERADO SUCESO DEL BOMBO DEL OPA BATATA

Hace unos meses leí en un diario de Buenos Aires una nota en la que el cronista retorciendo hasta el infinito las posibilidades de las transposiciones, estirando como chicle la goma de hipébaton demostraba que el escritor Jorge Luis Borges es la metáfora cotidiana de los argentinos.

Sus razones tendrá el periodista que no voy a responder porque prefiero divertirme con otros juegos de la retórica, o de la literatura de entre casa. Esos chisporroteos, a veces, se me ocurren simples fuegos de artificio, ingeniosos pasatiempos pero lo menos importante del arte. Voy diciendo todo porque soy un enamorado de la metáfora (en un sentido literario y no en el sentido personal del periodista).

Y cada vez que converso este tema recuerdo las advertencias del gitano Federico García Lorca:

"El poeta debe llevar un plano de los sitios que va a recorrer y debe ser sereno frente a las mil bellezas y las mil fealdades disfrazadas de belleza que han de pasar ante sus ojos... y debe lanzar sus flechas sobre las metáforas vivas y no figuras falsas que le van acompañando".

Federico creía en duendes y nos dejó una iluminadora conferencia sobre la imagen poética de Don Luis de Góngora. (Poeta cordobés que durante casi 400 años fue oscurecido por críticos ciegos y profesores tuertos, hasta que aparecieron en España los García Lorca, los Rafael Alberti, los Miguel Hernández y otros tan claros como los primeros):

"(Góngora) es suntuoso, exquisito, pero no es oscuro en sí mismo. Los oscuros somos nosotros, que no tenemos capacidad para penetrar su inteligencia".

Cada vez que releo esta conferencia me doy cuenta que el autor de *Bodas de Sangre* es un poeta y que el autor de *Discusión* es un escritor que



Esta foto la consiguió sacar Antonio Magna y es la primera que se publica de Valentín Almaraz, el legendario Opa Batata. El está adelante, de traje y corbata; delante de él, el bombo del que apenas se distinguen el aro y los palos. En mangas de camisa lo acompañan, de izquierda a derecha, Hugo Riera, Juan Manuel Fangio, don Vicente González —un porteño maravilloso que auspició en Radio El Mundo "El canto cuenta su historia"—, el amigo Ottone y Julio Espinoza, el autor de "Vidala para mi sombra".

sabe mucho. Y cuando en mi cabeza se entreveran —discutiendo sobre la metáfora— los densos conceptos del doctor de Oxford y el vuelo poético del pensionado de la Residencia de Estudiantes, interviene, terciando en la conjetural disputa, Vicente Huidobro (el poeta chileno que lo hacía renegar hasta el enojo a su paisano Pablo Neruda) recordándonos en su *Arte Poética*:

"No cantéis a la rosa, Poetas
hacedla florecer en el poema".

Y Rafael Alberti también se mete en la charla desde la conferencia que hace años diera en Alemania sobre el cancionero popular de España. Y Antonio Machado con las consideraciones teóricas de su *Juan de Mairena* sobre el lenguaje directo y el retorcido (para que el lector desprevenido se confunda y lo crea culto al escritor), y Goethe afirmando que hay poetas que enturbian las aguas del charquito de sus metáforas para que, como no se ve el fondo, se las crea profundas, y Luis Franco, el vociferante catamarqueño, diciéndonos en Salta que él conoce poetas que pasan por todas las escuelas literarias, pero no pisaron una escuela primaria.

Pero, por favor, nos quedamos con Borges y con García Lorca, porque sino sería el cuento de nunca acabar y a esta altura de mi nota me doy cuenta que estoy muy lejos del bombo del Opa Batata.

Borges, desvelado por la germanística se apasiona (¿?) cuando echa el vuelo por el rubio cielo de las kenningar:

"Kenning (kenningar en plural), es el nombre que dieron los escandinavos a estas metáforas:

Hildecoma, resplandor de la batalla, espada; hildenaedre, serpiente de la batalla, dardo; hildescur, lluvia de la batalla, flechas.

Federico, menos épico, más cotidiano y popular, hablando del *Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla*, dice:

"A la mitad del camino
cortó limones redondos
y los fue tirando al agua
hasta que la puso de oro".

Para ir acortando el camino, dejemos a Federico en su Granada, regresemos a Buenos Aires y nos quedamos un buen rato con Jorge Luis Borges.

Me sucede con el autor de *Hombre de la esquina rosada* un largo caso de contar. Trataré de no ser plomo. Cada amigo que encuentro, lo primero que hace es preguntarme la opinión que tengo sobre este controvertido escritor nuestro; reportaje que me hacen, una de las preguntas es sobre Borges. guitarreada a donde voy, no falta el que está pre-ocupado por Borges y me tiene que transmitir su preocupación; incluso, cuando trabajaba en el diario *El Tribuno*, el secretario de redacción, toda vez que Borges venía a Salta, me mandaba a cubrir la información y a reportarlo. Hasta mis hijos (muy pequeños) me preguntan quién es ese señor que está en la foto con un bastón junto con el papá. El fantasma (él confiesa, recordando a Sábato, que los tiene) de Borges me persigue de día y, sobre todo, de noche. Tengo la absoluta certeza que él no sabe que existo. (No tiene por qué perder su tiempo acordándose de un oscuro escritor de provincia). Esa es mi ventaja.

Reconozco que soy su permanente lector. En mi biblioteca tengo toda la obra que hasta ahora pu

blico. No leo sus declaraciones a la prensa (Y en esto hago al revés de los que lo aplauden o lo despotrican que prefieren quedarse con el menos importante de los Borges, el de las frivolidades publicitarias, en vez de estudiar su obra que —en el tiempo— será lo único que lo justifique, o no). No me preocupa el Borges-noticia, prefiero el Borges permanente, el de la literatura. Y como no me gusta hacer trampas cuando estoy jugando en serio, respetándolo, confieso que si me tendría que ir a una isla y sólo pudiera llevar un libro, me llevaría las *Obras Completas de Leopoldo Marechal*.

A él (se entiende que a Borges), le encantan los juegos con el tiempo y con un cierto colectivismo de la obra literaria, un cierto folklorismo de la creación artística. Veamos si no:

"El Indostán atribuye sus grandes libros a la labor de comunidades, a personajes de los mismos libros".

Y agrega para que la cosa quede bien clara:

"Lo que un hombre no puede hacer, las generaciones lo hacen".

En Cafayate, para el carnaval, cuando uno le pregunta a esos cantores populares que se juntan en las carpas, de quién es la copla que entono, siempre recibe la misma respuesta: *del carnaval*, pues:

*"Yo soy quien pinta las uvas
y las vuelve a despintar
al palo verde lo seco
y al seco lo hago brotar".*

Esta copla es del carnaval. O para decirlo con Borges, de las generaciones de Cafayate.

Y en uno de sus sonetos al ajedrez, hablando de las piezas del juego, dice:

*No saben que la mano señalada
del jugador gobierna su destino.*

Y agrega:

*También el jugador es prisionero
(la sentencia es de Omar) de otro tablero
de negras noches y de blancos días.
Dios mueve al jugador, y éste, la pieza
¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueños y agonías?*

Y en su poema *Junín* (uno de los que más le gusta) nos recuerda:

*Soy, pero soy también el otro, el muerto,
el otro de mi sangre y de mi nombre,*

Cuando vino a Salta le pregunté si él escribía sus poemas o si sus poemas lo escribían a él. Sonrió y, a media voz, me preguntó, a su vez, si el cerro San Bernardo ya estaba verde. Cuando sali de su conferencia me lo encontré a *Valentín Almaraz* que venía apurado porque tenía una entrevista con Borges a quien había soñado la noche anterior, y con quien quería conversar porque el famosísimo escritor era el único que lo podía comprender y solamente a él le comunicaría un secreto muy importante. Sorprendido de que el *Opa Batata* insistía en ir a ver a Borges, lo acompañé hasta el hotel donde se hospedaba, pero el escritor ya había salido a una tertulia con unos amigos salteños. Esa noche no me despegué de Batata que lo buscó a Borges por todas partes, pero no sé si me lo han contado, si me ha sucedido, soñado, si me pasa o me pasará alguna vez.

Valentín Almaraz no tiene tiempo. Se lo conoce (con su misma cara ida, sus manos desparramadas) como es ahora. Desde siempre vive en la calle Pellegrini que se conserva adoquinada desde la Co-

lonia. Le dicen *Opa Batata* y también, desde siempre, toca el bombo. Grabó en la Capital una cantidad impresionante de discos pero está convencido de que nunca salió de Salta. Una vez lo encontré frente al obelisco y andaba buscando la calle Pellegrini. Le dije que tenía que cruzar al frente, que esa era la *Carlos Pellegrini*. Me preguntó si andando un buen rato por esa calle podía llegar a la San Martín, donde queda el Mercado Municipal, porque tenía hambre y se quería comer un picante de panza. Recién entonces, me di cuenta de que me estaba hablando de Salta. Le dije que estábamos en Buenos Aires. Me miró (con unos ojos distantes) como si le estuviese haciendo una broma. Hacía tres días que daba vueltas por Buenos Aires buscando su barrio salteño y —desde luego— no lo podía encontrar. Lo llevé a mi hotel y al otro día, llamé a la grabadora donde me dieran la dirección del hotel donde el *Opa Batata* estaba residiendo. Había salido —como todas las mañanas en Salta— y cuando quiso regresar a su lugar de origen ya estaba perdido. Cada vez que me lo encuentro en Salta rememora nuestro encuentro en el obelisco, pero insiste en que se había perdido en Salta porque *"ya me estoy poniendo viejo y ya ni las calles conozco"*.

Lleva, terciado al hombro, siempre, pero siempre, su bombo. Le habla. Hay ocasiones que después de su conversación con el instrumento, comenta que el bombo no quiere tocar y no hay nada que hacerle. Ambos se conocen hasta la mínima intimidad. Una vez, el bombo se le fue de las manos y anduvo por zambas y bailecitos y cuando volvió, tenía los parches a la miseria y había perdido hasta los palos; ni qué decir del aro que daba pena. Valentín lloró una semana por su bombo andariego, le curó las heridas y hasta le recriminó por su ausencia porque los amigos no hacen esas cosas. En un carnaval, el *Opa Batata* se fue detrás de unas polleras y el *Pato Pantaleón* —bombista de Los Cantores del Alba—, y el maestro percusionista Domingo Cura sostenían que sus bombos sonaban sordos, como si les faltara el corazón. En Santiago del Estero sucedió un silencio que dolía en los oídos. Al *Opa* se le terminó el carnaval, regresó a su bombo y las chacareras recuperaron el ritmo. Cuando el *Opa* se duerme, el bombo sigue



Mariana Grondona, Jorge Luis Borges y el autor de esta nota, en Salta.

repicando en el sueño. Horacio Aguirre le puso música a unas coplas que escribimos con el título de *El que toca nunca baila*. Una de las coplas dice:

*El Opa Batata sueña
que esta zamba bailará
cuando despierte su sueño
verá que es bombo no más*

Valentín Almaraz toca, canta y baila esta copla como si de él no se tratara, como si fuese el otro, con su mismo nombre.

Borges cuenta que los guerreros de a caballo no soportan las ciudades. Que no saben qué hacer en ellas. Y da una ponchada de ejemplos de la historia. Incluso, cuenta el caso de aquel gaucho que, una vez, fue llevado por su patrón a Buenos Aires, y se lo pasó, tres días mateando, entre las cuatro paredes de la habitación de la pensión hasta que lo vinieran a buscar para reintegrarlo a su pampa en donde, seguramente, podría irse de un solo galope por la desnuda huella de un relincho.

¿Que podría hacer Valentín Almaraz en los breves espacios de una ciudad? Yo creo que él vive en el ancho territorio del bombo. Habita cómodamente en el círculo perfecto de su aro. Recorre su parche centímetro a centímetro (¿o kilómetro a kilómetro?) y jamás se pierde. Y cuando se duerme, el bombo es el cosmos. O quizá, en otra dimensión que yo desconozco hay otro *Opa Batata* que maneja los hilos de la vida de éste que me encuentra y me saluda haciéndose el *opa* para que yo no tome conciencia de mi *Opería Mayor*.

O (puede suceder) en el año 2000 (cifra tan mínima en el Tiempo) la chacarera, la zamba no se-

rán simples estructuras mentales perfectamente medidas y reconocibles por el más mediocre de los comentaristas radiales, sino países en los que viven seres que nuestros ojos y nuestros oídos —aún— no perciben y de los que el único que tomó carnatura en el presente es el *Opa Batata*, que lo iba a buscar a Borges porque sabía que el escritor era el único que lo entendería. ¿O lo vería?

¿Y si Valentín Almaraz es la *kenigar* escandinava que Borges aún no ha descubierto porque esa noche salteña no pudieron reunirse? (como aquella madrugada que se encontró con *Juan Manuel Fangio* y un fotógrafo aprovechó la oportunidad para sacarles una foto juntos a los tres: El Campeón, el *Opa* y el *Bombo*).

¿O es la metáfora gitana que García Lorca no tuvo tiempo de escribir?

Eso lo sabrán Borges, García Lorca o el *Bombo* de Batata.

Si alguno de mis lectores se allega por Salta lo podrá encontrar a Valentín Almaraz con su bombo y con toda su exterioridad, pero le ruego que no le haga preguntas que quizá el *Opa Batata* no podrá contestar. Que sea benévolo y recuerde estas palabras de Borges:

"Sospecho que un autor debe intervenir la menos posible en la elaboración de su obra. Debe tratar de ser un amanuense del Espíritu y de la Musa (ambas palabras son sinónimas), no de sus opiniones, que son lo más superficial que hay en él".

Y cuando termine de leerme que se acuerde de *Rudyard Kipling*:

"A un escritor le está dado inventar una fábula, pero no la moralidad de esa fábula".

ARGENTINO LUNA

el poeta del alma



ARGENTINO LUNA

"Soy de un Pago Tristeza"

Milonga para un Carrero -
Aprendí en los Rancheríos -
Pa'l Tuyú Allá en Villaguay -
Pero me Ganó el Camino -
Poeta no, Paisano - Soy de
un Pago Tristeza - Hoy Estás
en mi Canto - Hasta más Verte
Dolor - Sencillamente mi Niña -
Quiero Cantarle a un Amigo -
Carta para la Hija de un Gui-
tarrero - 6857.



ARGENTINO LUNA

"Eterno Amante del Alba"

Amaneciendo - Gajo de Otoño
Sin Mirar Pa' Tras - Memorias
de Tus Días, Mamá - Como
de Vos Quisiera - Vieja Gui-
tarra de Boliche - Cuidalo al
Cantor Camino - Eterno Aman-
te del Alba - Si un Día Vuelvo
a mi Pueblo - De Mucho o
de Poquito - Alerta - 6634.

Para su contratación

OSCAR PROTO

apoderado

Pergamino 2731

Remedios de Escalada e.

Tel. 241-9361-

de 13.30 a 18.30 hs.

También en cassettes
y magazines



CASOS Y COSAS DE UN PROVINCIANO

SALTA ES UNA GUITARRA



Escribe
Hugo
Alarcón

¿Cómo están, paisanos?

Les leo (Goethe dice que la literatura es la sombra de la conversación) unas palabras de Conrado Nalé Roxlo, portefío, dedicadas a su amigo Carlos Mastronardi, provinciano:

De la provincia, del pueblo chico se traen prejuicios, es verdad, pero los espíritus amplios como el suyo los desechan rápidamente, constatan su falacia, pero no se dejan influir por los nuevos prejuicios que la vida ciudadana les propone, no se dejan arrastrar por la poderosa inercia de las ideas hechas, de las que saben defenderse no embotados por el espectáculo largamente habitual.

Les pido que ahora ustedes mismos, despaciosamente, lean al autor del soneto *El Grillo* ya que con mi tonada —a veces— no se me entiende muy bien porque suelo ser demasiado lento. Gracias.

Y ahora sí, puestas las cartas sobre la mesa, quise decir las ideas de don Nalé Roxlo sobre el papel, vamos a la columna.

El ruido de los escapes abiertos se mete en mis oídos, en la cabeza, en la piel y hasta en mi máquina de escribir. Esta ciudad con 9 millones de almas (¿almas?) insiste con su infierno a la enésima potencia de los decibeles. Temo desafinar. No doy con el mi de la palabra. Estoy fuera de tono. En mis oídos se cumplieron las premoniciones del Apocalipsis: **llegará un día en que las sombras podrán con la luz.** El ruido mata (¡ay!, criminalmente) al silencio creador, seca los árboles y le quiebra el vuelo al pájaro que todos llevamos en el pecho.

La **mufa** me espera en cualquier esquina, o a la vuelta de cualquier hombroide; como soy provinciano esto de la **mufa** se lo tendría que preguntar a Carlos de La Púa, a Julián Centeya, **el hombre gris de Buenos Aires**, y de qué color podía quedar ese italiano sureño

que en su infancia había visto el azul del Mediterráneo y en esta ciudad —que ya se está quedando sin sus gorriones— sus ojos se le volvieron color plomo, pero como no los tengo para una consulta voy al diccionario. **Mufa**, no está. Debe figurar en el del lunfardo, probablemente. En mi Pequeño Larousse sólo encuentro **muffa**, hornillo que sirve para someter los cuerpos a la acción del calor sin que los toque la llama. O sea que con la **muffa** los cuerpos se calientan pero no los toca la llama. ¡Caramba!, estuvimos muy cerca de la **mufa**. Nos sobra la **I**, que si no... Me transpiran las yemas de los dedos y humedezco —poniéndolas resbaladizas— las inocentes teclas de la máquina pero no siento la llama de la inspiración. Será la **muffa**. Es preferible que mi paciente lector me exima de las definiciones porque de tanto querer saber qué significa **mufa** podemos **mufarnos**, él arrojar lejos la revista y yo, no terminar el artículo. Le propongo en cuenta, un juego (inocente). Si es un fanático de las definiciones y exige una explicación de la palabra **mufa** que se lo pregunte a ese señor que —sin motivo— lo empuja en el subterráneo en el preciso momento en que me lee. Le propongo, entonces; de nuevo, un juego, o sencillamente un

BREVE VIAJE ALREDEDOR DE LA MUFA

Hace un tiempo, los teléfonos públicos (todavía quedan algunos) eran negros y sin medida para las comunicaciones. Estaban prendidos a las paredes con cara de notario. Casi nunca funcionaban o daban siempre ocupado; era necesario, cuando uno salía a la calle, guardar en el bolsillo más secreto, una buena cantidad de monedas de diez pesos y si se tenía la suerte de que alguno funcionara, la cola: el que está adelante —hablando— no tiene apuro y repite hasta



"... en Misiones se me quedaron los ojos del asombro y guardo en una bolsita del recuerdo un montoncito de tierra colorada para tener la suerte de volver un día..."



"... llegarme a la "orillita del canal" donde la Daría, o el Juan o el Celestino Balderrama me convidarán con un dulce de cayote para que le ponga un postre a la noche..."

el infinito las mismas recomendaciones al otro que lo oye desde la cuarta dimensión, y el que está detrás —esperando— se muerde las uñas porque si la conversación —del otro— se extiende un minuto más le puede dar un infarto.

Yo quisiera interrumpir todas las comunicaciones telefónicas para ver si encuentro una palabra, una sola palabra para mí y abrir toda la correspondencia del mundo para ver si alguien una sola persona tiene un recuerdo, un solo recuerdo para mí. (Raúl González Tuñón.)

Los teléfonos de ahora son anaranjados. La mayoría funciona bien pero hay que tener una ficha; la vende el dueño del negocio (donde está el teléfono), o el quiosquero de la esquina, cuando se le da la gana, o la mañana que le funciona bien el hígado; si el hijo (¡cuando no el Nene!) le chocó el coche la noche anterior, no hay fichas; si la señora quiere irse sola a Mar del Plata imitando a la hija que el año pasado se las tomó con un hippie, no hay fichas; si ese día no ganó lo que había programado para el día, no hay fichas por más que el necesitado del teléfono le jure que se le quema el departamento y necesita llamar urgente a los bomberos, **NO HAY FICHAS**. Urgente conseguir fichas de los teléfonos nuevos de origen japonés. Sólo tener tres minutos. Más **chau** que **ola**. Sin ficha no hay como hablar teléfono color naranja. **La luna es como una naranja. Sale redonda y joven por el monte del chaco salteño, allá en Orán; la luna es redonda como una naranja y para el calor no hay como chuparse una naranja de Calilegua (Jujuy), que tienen un sabor especial y te quitan la sed hasta en el sueño; la naranja, primero se te mete, con el color, por los ojos y después, uno siente su sabor en la lengua todo el día y como tenés que pelarla con la uña del dedo gordo, las manos te huelen a primavera todo el tiempo.** En el fondo hay lugar, ¡señores!! Señora, ¡córrese!... si a usted se lo digo, ¡no! está línea no pasa por Retiro... qué sé yo, éste es un micro y no una oficina de informaciones. ¡Chofer!... frene con más cuidado... usted se cree que lleva animales. **Mamá, quiero una paloma. No, una no quiero... quiero muchas palomas, como ese señor que les da de comer en la mano. Vamos a comprar maíz. Arrimate... no, las palomas no hacen nada; despacio, nene; te podés caer, mi amor. "Porque yo tengo que andar/cuidando que en**

la ciudad/crezca la flor." "No todo lo que se hace en Buenos Aires en nombre del **rocanrol** tiene que ver con la música. A veces se trata de meras sucursales del ruido, modo insidioso de la contaminación urbana. Algo de eso ocurrió el viernes pasado en el Luna Park bajo el título "Cinco horas de rock". En verdad debió llamarse 300 minutos de decibeles tóxicos. ¿De qué se trata? Pues de un aluvión de sonidos incongruentes; una descarga incontrólada, un vértigo irracional. Hubo concurrentes absolutamente poseídos por semejante onda ruidosa, que agitaban sus cuerpos como bajo el efecto de la alta tensión, o que observaban rígidamente la ceremonia, fuera de este mundo. No cabe duda: éste no es el rock del amor. Es un orgasmo ficticio, donde el sonido despersonaliza e invita a convertirse en máquinas" (La Opinión, 1/X/76).

Cuando bailé a tu lado con mi pañuelo buscándote mis espuelas lloraron sobre tu sombra llamándote. (Manuel J. Castilla.)

A mí no me agarran más. El año pasado me lo pasé durmiendo; mi mujer está chiflada, no pasa nada con el Sur. Yo soy un tipo de la ciudad, te metés en el hotel y te pudris; si la nieve me gusta, pero no todas las vacaciones y además no te podés ni siquiera hacer unos tiritos en el casino, yo no estoy acostumbrado a estar todo el día con mi mujer y los chicos mirándonos las caras como estúpidos; necesito ruido, con tanto silencio, en el Sur me aburro y para aburrirme ya tengo la oficina todo el año, ¿no te parece? **En el Sur comienza el cielo. Uno vuelve oliendo a silencio y en los pueblos, la gente cambia saludos con el visitante como si uno viviese con ellos desde siempre; la Patagonia es un gigante dormido, ya vas a ver cuando despierte, qué grande, viejo, la Patagonia es cosa de locos... ¡genial!...** En Buenos Aires todo el mundo te empuja, te lleva por delante. Cuando le preguntás a un tipo la ubicación de una calle te manda para cualquier parte; no conozco Buenos Aires pero sé que son unos chuncanos del pavimento, ¿te day cuenta, macho? En cambio, nosotros los cordobeses somos distintos... Bueno te dejo porque ahí viene un punto al que lo clavé con un cheque volador... **picardía criolla, ¿te day cuenta? Te veo, Negro. Ayer ganó Talleres; qué querés que te diga, me parece bien; hay que darse cuenta que los equipos del interior tienen más garra, la sudan a la camiseta, ¿viste? Este**

CASOS Y COSAS DE UN PROVINCIANO



“...irme a Salta y comerme un guiso carrero, bien sureño, preparado por la Emma Polo, una santafesina que se asalteñó, mientras escucho al Cacho Polo cantando una cifra pampeana.”

año nos vamos de nuevo a Córdoba. Ya estuvimos hace unos años, fue la vez que Robertito, el pibe más chico, ¿viste?, se me le fracturó el brazo... todos me lo querían curar; sabés lo que pasa en Córdoba es que todos son médicos y de última no me quisieron cobrar ni un mango, los cordobeses se pasan. Martínez Estrada tiene razón cuando le da con un hacha a Buenos Aires en La Cabeza de Goliat, ¿la has leído?, es bien churo; a mí dejame en la finca; ta bien, vos tenés razón: no sé quién es la Maia Plisétkaia que bailó en el Colón y que según los diarios de la Capital que se los mandan a la finca a mi tata hizo furor, pero a mí no me vengas con ballet que he nacido en esta tierra de gauchos que cantan bagualas; ahí lo tenés al Corimayo que se ha criado a la sombra de mi tata en la finca, cuando vienen los turistas, el Corimayo, después de atender a las visitas con un poderoso asado con carne de exportación, se manda unas bagualas que para qué te cuento y mi tata lo felicita delante de todos y la última vez le sacaron una pochada de fotos; lo único que no me gusta es que ahora los turistas se vienen con el cuento de que la baguala es triste, sin darse cuenta que la baguala es el grito macho de la tierra porque los salteños somos bien machos y vos mismo sabés que yo en la finca ando todo el día de gaucho.

Nombro la tierra que el trópico abrasa,
puente de estrellas, cintura de luz,
y al corazón maderero de Salta,
subo en bagualas por la noche azul.
(Jaime Dávalos.)

Convencete, viejo. Santiago es el baldío que los tucumanos tenemos al lado de nuestro jardín. ¿Donde has visto santiagueño que le guste el trabajo? Me contaron un cuento debate sobre los santiagueños: dice que dos mistoleros estaban haciendo la siesta debajo de una tusca, en eso venía una víbora más larga que insulto de tartamudo, y un santiagueño le pregunta al otro: —Cosme, ¿la víbora que viene es venenosa? —No —responde el interrogado— es una víbora sapera, no pica. —Entonces voy a seguir durmiendo —concluye el santiagueño siestero.

Amo esta tierra calcinada y dura
de arisca libertad y drama cierto.
Amo su cielo límpido y abierto
como bandera de hermandad segura.
Amo esta tierra echada a la ventura
en horas de ansiedad de un mundo incierto,
y amo la flor que nace en el desierto
y el agua escasa de su nube pura. (Roberto Castro.)

Oye este consejo que te da un santiagueño viejo: no te confíes nunca de un tucumano; son gatos. Amigos de lo ajeno. Cuando nacen, los padres los arrojan contra un espejo; si el chico se prende es buen tucumano, porque tiene las uñas largas. Vos sabés que el árbol de nosotros es el algarrobo, en cambio, el de los tucuta es el algo... robo. Tucumán es una muchacha que tiene en el pelo una flor de azahar. En esa provincia siempre encuentras un amigo. Sus gentes tienen ancho el corazón, profundo de generosidad. Y si te juntás en un asado con el Opa Doso (que es salteño pero que no se va más de Tucumán) le ponés una sonrisa a tu vida; qué pena que ahora no te puedas reunir a tomar un café con Juan Eduardo Pastelli, el último romántico que tuvo Tucumán porque si le caías simpático te regalaba un soneto escrito en una servilleta tan hermoso como “No quisiera quererte”, pero lo podés ver al Chivo Valladares, un músico extraordinario, de una sencillez franciscana, o al Negro Orlando Galante que es como un cónsul de la cordialidad tucumana, o a José Augusto Moreno, uno de los poetas jóvenes argentinos que honran este país y que vive celebrando a su provincia con coplas que son de antología. ¿No conocés Simoca? No sabés lo que te perdés. Es la ciudad de los sulkys y de las empanadas grandotas y de la gente más invitadora del mundo. Allí nació Virgilio Carmona, el autor de zambas que canta todo el país y de unos tangos que para qué te cuento. ¿Te acordás de 9 de Julio y Rie payaso?, son de él. Una vez un salteño pasó por Simoca y en memoria de don Virgilio le dejó esta copla:

La muerte andaba con ganas
de llevárselo a Carmona,
dicen que lo oyó tocar
y nunca volvió a Simoca.

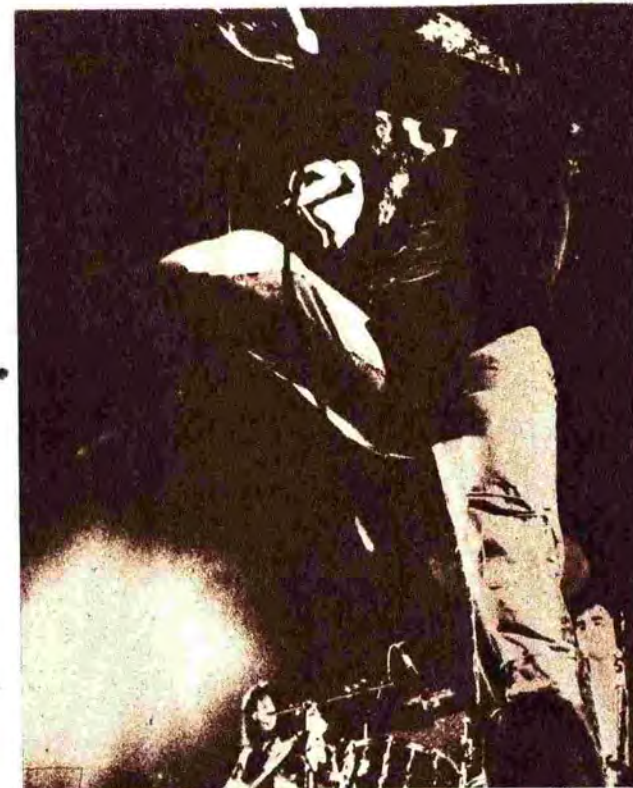
¡Aro! ¡Aro! ¡Aro! palabra quichua que en castellano quiere decir... aro. Ahí va uno de amor: Anoche te vi pasar / y yo te dije un piropo / hoy no voy a ir a verte / porque ando buscando el portafolio que me robaron anoche en esta peña... ¡Aro! ¡Aro! Mañana, estimado público, grabo mi segundo longplay; todos los temas son míos. Saben lo que pasa, es que ya no hay autores como la gente y uno se tiene que poner a escribir, yo no tengo tiempo que si no... Ultimamente estoy haciendo unas canciones brasileñas que francamente son muy buenas... para qué nos vamos a andar con falsas modestias. Me hablaron para producir en una grabadora. Nada de acordes raros ni palabras difíciles, el público quiere las cosas fáciles, digeridas. A ver chango, decite una copla. Cómo no

senor. Esta copla que voy a decir es del poeta Juan José Coll y dice así:

Mi caballo es andaluz
de los que trajo Mendoza
no le tiene miedo al tigre
pero tiembla ante una rosa.

No tengo apuro. La copla es como el canto rodado. Echa a andar y la gente que la canta la va redondeando. Una vez leí que en la vieja Germania medieval se realizaba un torneo de caballeros. El ganador se casaba con la hija del señor feudal. Vinieron a disputar la mano de la muchacha señores de todas partes, lucían en sus armas trofeos ganados en tantos certámenes que era como si les pesara la gloria. También atraído por la fama de los ojos de la hija del señor feudal, llegó al campamento de la lid un juglar. Sólo traía su laúd. En la posada, bebió largamente el denso vino, cantó toda la noche y a la mañana siguiente no tuvo fuerzas para intervenir en el torneo; era muy débil, su fuerza no estaba en la firmeza de su brazo sino en el corazón. Perdedor enamorado, se fue por los caminos cantando una copla que le había dedicado a la niña que los forzudos caballeros disputaban. Pasó el tiempo, murieron los protagonistas de esta historia, el viento y la lluvia carcomieron los gruesos muros del castillo, pero, hoy, en 1976, en los pueblos de Alemania, cuando se casa una pareja, la noche anterior a la boda, los amigos van a la casa de la novia y le cantan la vieja copla de aquel juglar que no intervino en el torneo. La copla sigue viviendo y el tiempo, cuando la ve pasar se quita el sombrero y la saluda con una sonrisa de siglos. Quédate tranquilo, la noche es nuestra. Con este coche levanto hasta 200 y sin necesidad de apretar el fierro... y de paso nos levantamos un par de minas. Vamos a Córdoba y Carlos Pellegrini, es la onda; que querés que te diga, para mí la vida es vértigo, ¿viste?. Escuchá este cassette de Grand Funk, es cosa de locos, de última te cuento un cuento genial: iban en un dos carburadores Drácula y Frankenstein fierro a fondo; manejaba Drácula y al llegar a 9 de Julio cruzan el semáforo en rojo y justo pasaba una viejita. Al llegar a Suipacha Drácula le comenta a Frankenstein: —Por un momento temí que no la agarraba. Uno de estos días me voy a Mendoza y me tomo un café con Antonio Di Benedetto y nos ponemos a charlar sobre el destino de la literatura hispanoamericana a la que él aportó desde Zama; claro que también me gustaría estarme unos días en La Rioja y que me suba a la vida una chaya de los hermanos Maza que cantan como si un carnaval les habitara la garganta. ¿Cómo estarán mis amigos de Córdoba? ¿El Chito Zeballos seguirá con la peña? Cuando llegue seguro que me estarán esperando el Negro Héctor Ramos y Ricardo Sandoval, un salteño y otro jujeño pero que se hicieron más cordobeses que el vino chinche, a puro amor por esa tierra que es la provincia azul de las campanas. En Corrientes tengo tantos amigos que no podría nombrarlos a todos, lo mismo me pasa en el Chaco, en Entre Ríos donde todavía no cumplí con Linares Cardozo de juntarme con él en las bandas del Paraná y comernos un surubí bien regado con vino calchaquí que me obsequiara doña Rosita Abán, una encantadora matrona de Sectantás que el día de Santa Rosa me dijo las coplas más hermosas del Valle; y cruzar el puente por debajo del río y perderme en Santa Fe donde uno se enamora y no quiere irse nunca; en Santiago del Estero lo buscaré al Cachilo Díaz y juntos nos iremos a dejarle unas floritas de tala al recuerdo de la María Adela Agudo; en Misiones se me quedaron los ojos del asombro y guardo en una bolsita del recuerdo un montoncito de tierra colorada para tener la suerte de volver un día; el Burro Nicolás Lamadrid, seguro que tiene un nuevo bailecito que no conozco, y me dirá por centésima vez la copla de Raúl Galán:

Jujuy le han puesto de nombre
ha de ser cosa de Dios
en el idioma del cielo
así se llama el Amor.



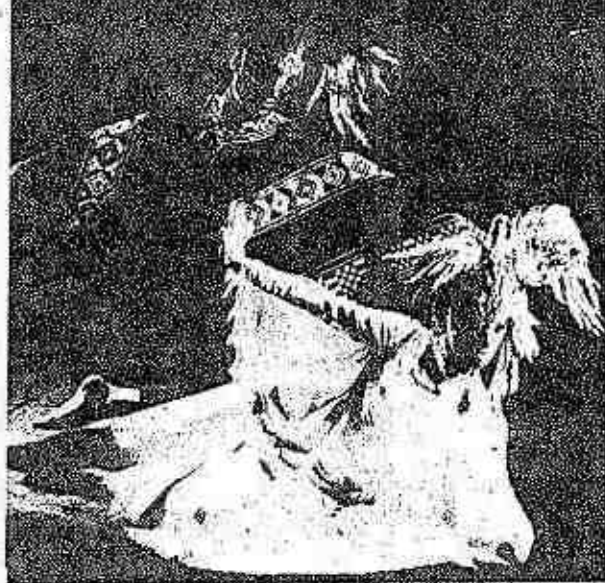
“¿De qué se trata? Pues de un aluvión de sonidos incongruentes, una descarga incontrolada, un vértigo irracional. Hubo concurrentes absolutamente poseídos por semejante onda ruidosa...”

Ahora, que recuerdo, una dulce muchacha me sonrió en Plaza Francia y me vuelven esas ganas de despedir barcos en el puerto de Buenos Aires; iré sin falta; en Comodoro Rivadavia tengo una deuda de regreso que se me vuelve loncomeo cuando la recuerdo; por la Provincia de Buenos Aires anda mi corazón calladito siguiendo la huella de don Martín, ese gaucho fierro que tiene el mismo nombre de don Martín Miguel, ese gaucho general que con el San Martín correntino soñaban una tierra para gente de amor llevar; cómo me gustaría ser puntano o sanjuanino y asíirme cielo arriba en esos cogollos de celebración enamorada; cuando estoy en Formosa echo de menos a Catamarca y cuando vuelvo a la tierra donde una de mis abuelas tejó mi poncho quisiera cantar como los tobas o los chulupies, o sino irme a Salta y comerme un guiso carrero bien sureño preparado por la Emma Polo, una santafesina que se asalteñó, mientras lo escucho al Cacho Polo cantando una cifra pampeana, y para rematar llegarme a la “orillita del canal” donde la Daría, o el Juan o el Celestino Balderrama me convidarán con un dulce de cayote para que le ponga un postre a la noche. Esta vieja y enamorada costumbre de ser argentino que me viene de hace tantos abuelos no me la saca nadie, ni la mufa que, gracias a Dios, no sé qué significa. Sobre esta tierra echo la semilla. Y con un poco de tiempo y de buena lluvia puedo tener la suerte de quedarme en una copla como esta:

Si yo no hubiera nacido
en la tierra en que nació
anduviera arrepentido
de no haber nacido aquí.

Paisanos: Ha terminado este inocente juego. Hay dos tipos de letras en el viaje. Ustedes sabrán elegir. Me voy por el país. El próximo mes les seguiré trayendo los humildes casos y cosas de un provinciano.

SALTA



Duendes-diablos, de los que raptan y profanan: en el norte son escasos. Los nuestros, duendes siesteros con todas sus variantes, resultan más picaros, menos tenebrosos. Patá'i Lana incluido, lo que no es poco decir.

¿Cómo están, paisanos?

Ernesto Sabato tiene un libro, *El Escritor y sus fantasmas* en el que confiesa que no le gusta escribir, que se saca las ideas de encima, escribiendo, que se las arranca de sí mismo para que lo dejen de molestar. También Federico García Lorca en una ocasión dio una conferencia titulada *Teoría y juego del duende*:

El duende es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar. Yo he oído decir a un viejo maestro guitarrista: "El duende no está en la garganta; el duende sube por dentro desde la planta de los pies". Es decir, no es cuestión de facultad sino de verdadero estilo vivo; es decir, de sangre; es decir, de viejísima cultura, de creación en acto.

Este poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica es en suma, el espíritu de la tierra.

DUENDES, DIOSES, MUSAS Y DEMAS

La literatura de todos los tiempos y de todos los mapas está poblada de esos seres etéreos que vuelan sobre la cabeza del escritor y le dictan sus escritos. Los ejemplos son numerosos. En el Génesis, adjudicado a Moisés, está la inspiración, el soplo divino de Jehová. Y entre los griegos, las musas bajan y suben del Olimpo para ayudar a sus amanuenses. Herodoto, el padre de la Historia Occidental en Los nueve libros de la Historia dedica cada libro a Clio, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polímnia, Urania y Calíope,

Escribe Hugo Alarcón

es una guitarra

las nueve musas del cielo de la Hélade. Homero, el Gran Ciego comienza su *Iliada* invocando la inspiración celestial:

*Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles
Cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos...*

*Inspiración que también convoca en la Odisea:
Háblame, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio*

*que, después de destruir la sacra ciudad de Troya,
anduvo peregrinando larguísimo tiempo...*

Y esta tarde (a la hora de la siesta y de los duendes) que tengo un apuro de máquina correr porque Folklore me recomendó que mande con tiempo los originales de la columna, el duende entra y safe de algunos libros de don Juan Carlos Dávalos, de la conferencia de Borges en la que aceptó que Sabato tiene razón con los fantasmas, desde el soneto de Manuel Castilla en *El verde vuelve*, el mismísimo Mefistófeles me hace una elegante morisqueta desde el gabinete del Dr. Fausto. También el duende hace tumbaloyas desde los relatos en quichúa de mi abuela Domitila que cuando Mama Quilla estaba alta en el cielo me enseñaba extraños exclamos para ahuyentar a Supay; y siguen poblándome los espíritus cuando recuerdo los sucesos de *Bienvenido Cruz León*, un gaucho de Atocha, que en la infancia me aseguraba que había entrado en la Salamanca con Martín Marín, un domador increíble que montaba los reservados con los ojos vendados y con las manos atadas a la espalda porque —según decía el gauchaje— había hecho nomás su contratito.

Y para no insistir con los griegos, que invocaban sus musas, nos quedemos en la pampa argentina y lo escuchemos cantar a un gaucho muy conocido entre nosotros:

*Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.*

UNA MANO DE LANA Y UNA MANO DE FLOMO

(Termino de escribir el título de arriba y el duende me sigue haciendo travesuras. El muy maldito se hace el viento y me desparrama los papeles sobre el escritorio, me confunde los libros de la biblioteca, hace un zafarrancho con mis ideas y a cada frase que intento completar tengo que hacer girar con el dedo la cinta de la máquina porque él la saca de su eje.)

Pero no se saldrá con su gusto. Seguiré escribiendo, tratando de describirlo para que la gente lo conozca, para que no le tema y si por ahí lo encuentra, que lo invite a tomar un vino. (Recordar que el duende toma el vino en mamadera.)

Es uno de los mitos más difundidos del noroeste argentino. (Ultimamente se está poniendo de moda gracias a comerciantes que venden panchos, bolsitas de tierra, yuyos para el amor y tractores envueltos en polietileno —que desde luego ofrecen incienso a Creso y no al duende—, un duendecillo panzón llamado Ekeco, cuya imagen seguramente la hacen en alguna fábrica de Avellaneda). El duende, probablemente tiene origen europeo. (Recomiendo a mis lectores consultar *Fabulario* de Herman Hess donde van a encontrar una ponchada de duendes rubios de origen alemán). Desde luego, que este personaje se acriolló y se quedó particularmente en las noches y las tardes de Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy. Algunos creen que es descendiente de Supay, el Mal de los Incas que hacía equilibrio teológico con Huayracocha, la Suprema divinidad quichua. Otros dicen que es sobrino del Mandinga, aquel gaucho platudo que aparece en las carpas y paga cerveza a todo el mundo. La misma gente que afirma el sobrinazgo aconseja tener mucho cuidado con los invites del gaucho que se presenta vestido de blanco, pero que a la puerta del balle tiene un caballo negro con montura enchapada y que cuando uno menos se da cuenta ya se llevó al convidado con caja y todo y lo tiene en el infierno cantando coples en la Eternidad.

El duende es un ser más familiar, dírase más doméstico e inofensivo. Sale de noche y también en la siesta. De noche, vive en el horno para hacer pan y por las tardes se esconde en las ramas de una higuera. (No nos olvidemos de la maldición evangélica a la higuera). Lleva sombrero ovejuno, anda pata pila y el barracán lo usa hasta más abajo de las rodillas. Le encanta jugar con los changuitos a las bolillas y mientras les va mostrando una mágica y colorida colección de juguetes se los va llevando lejos de la casa. El chango vuelve tarde comentando muy suelto de cuerpo que en el camino de regreso de la escuela se encontró con un changuito que tenía un sombrero grandote...

Y los tatas se alborotan comentando en el vecindario que a su chango le ha salido el duende y hay que cuidar las huahuas. También se le adjudica al duende la costumbre de llevarse las medias y las prendas de oro. Pero no lo hace de ladrón sino de travieso. Por ahí un anillo aparece, sin explicación, en la casa de la comadre y a la hora del mate, ya hay tema para rato con este duende sabandija, y al otro día la paña y el plio echán al suelo el horno, o el hacha prueba su filo en la inocente higuera. La imaginación popular le adjudica al duende dos clases de manos: una de lana (para los amigos) y una de plomo (para los enemigos). Qué lindo sería que unos cuantos duendes enojados se instalasen en algunos canales, grabadoras, radios y peñas para con su mano de plomo nos liberen de tantos plomos que se tienen que aguantar en los últimos tiempos.

El ingenio popular creó sus propios antidotos contra el duende. Se sabe que este geniecillo de la cosmogonía norteña tiene debilidades olfativas. El duende nunca entra en los excusados y jamás se les arrima (aunque tiene debilidad por los biberones) a los chicos que la madre no cambió los pañales. Y (según las viejas) cuando el duende anda persiguiendo a un chico, junto a la cama del perseguido hay que colocar una baciniña... llena.

Finalmente, el duende ya está incorporado al cancionero popular argentino. No voy a dar ejemplos porque esta nota sería de nunca acabar. Lo que sí voy a acotar es que el duende llene sus variantes.



Tétrico paisaje, luna redonda, esqueleto del árbol que el rayo maldijo con flamígera palabra: escenario apto para lobizones, filmados o no. Los duendes prefieren otros escenarios. ¡Si hasta toman vino en mamadera!

Una de ellas es el nunca bien ponderado Patá'i Lana. La sabiduría popular asegura que nadie se salva de su visita y que por culpa de él "nadie muera mocho". Me dijeron que por lado de Iloral, está el pombero, un duende muy peligroso para los maridos descuidados.

Y no sigamos con el duende. Mejor lo dejamos tranquilo en las quebradizas ramas de la higuera o en el horno de la tarde. Busquemos otros duendes más musicales, vamos en busca de

LOS DUENDES DE DON CAYETANO SALUZZI

Don Cayetano Saluzzi es un músico de Salta. Hace 75 años que es. Toca el bandoneón. Y cómo lo toca. Nació en Campo Santo como su mujer, Doña Juana y como sus hijos Dino (el más conocido en Buenos Aires), Celso (grabó varios LP's, con música de su tata), Félix (profesor de la Escuela Provincial de Música y excelente clarinetista clásico) y su hija Ester Palmira (que como corresponde a los Saluzzi le dio un nieto músico, Héctor Miguel Gorriti, que mientras le ceba mate a los abuelos y a las visitas, repasa el último concierto para clarinete y orquesta de Fulano de Tal).

El mate va y viene de las manos del nieto y Don Cayetano siente que los recuerdos se le atropellan en la memoria: Antes se tocaba mucha música en las peluquerías. No se tocaba el tute; entonces se tocaba el mandolín. Y los Carnavales duraban toda



Esta foto tiene treinta años. La sacaron en una carpa de El Bordo. De izquierda a derecha, Simón Gutiérrez, don Cayetano Saluzzi con su bandoneón y el Celso Saluzzi tocando la batería. Esta foto tiene años y tiene duendes.

una semana. Los contratos entre el dueño de la carpa y los músicos eran increíbles: El dueño del baile nos aseguraba por contrato comprarnos al final de cada noche todas las botellas de cervezas que nos convidaban. Y uno tenía que decir "bueno" cuando esos gauchos platudos desde la mitad de una zamba o de una chacarera pegaban "el grito y decían": —¡Carperol mande un cajón de cerveza para los músicos para que algún tocando. También recuerda a una carpera de El Bordo que llevaba siempre una flor al pelo; Margarita Tula se llamaba:

*La moza que les digo
vivió fragante como la albahaca
carpera sí
pero de ayer
al pelo lució una flor
en su carpa del Bordo
se enamoraba mi Bandoneón.*

(Margarita del Carnaval
con letras de H. A.)

Los recuerdos siguen pechando. El bandoneon de don Cayetano no tiene tiempo. Sus duendes, esos que hacen alborotar a la gente en los festivales no le llevan el apunte al almanaque. Yo soy hijo de un siciliano que también se llamaba Cayetano Saluzzi; mi madre era criolla, de Campo Santo no más. Yo trabajaba en el Ingenio azucarero y como a veces hacía dos turnos no me quedaba tiempo para tomarle la lección al Dino. Y la gente del pago dice que lo veía al negrito Dino meta repasar el pentagrama debajo de un pacará. Y como el pacará da unos frutos en forma de oreja, la gente también dice que por eso el Dino es capaz de escuchar una melodía una sola vez, y reproducirla en el bandoneón de punta a punta. Serán las orejas del pacará, pues. La Juana me decía: "No lo apurés el chico; a los siete años el bandoneón cansa en las faldas". Y Don Cayetano se justificaba diciendo: Mirá Dino, ahí lo tenés el ciego Ramón Cisneros que sin saber leer música, el pobre, se aprende de oído, en una tarde, como diez discos de memoria; para que alguna vez te llamen maestro tenés que estudiar todos los días; después que me des la lección recién te voy a dejar ir a jugar a la pelota. Ahora sabe que por Buenos

Aires al Dino le dicen maestro. Y cuando atiende el teléfono de su casa del Barrio Municipal y alguien pregunta por el maestro Saluzzi, Don Cayetano sonríe y a su vez pregunta con cuál de ellos quiere hablar. Claro, son tres los maestros (sin contarlo a él): Dino, Celso, Félix y pronto el nieto. Tiene amigos a ponchadas, pero claro a los 75 años uno no se puede acordar de todos. De algunos sí: Zenón Cardozo era bravo para las carpas; empezaba a las dos de la tarde y hasta las cuatro del día siguiente no paraba. También estaba Chanampa; una vez fue a una carpa que habían levantado en Chicoana junto a unos corrales y este travieso se puso a macanear con un toro con tanta mala suerte que por hacerse el torero, se lo llevó la muerte en la punta de unas astas; a Segundo Farias le decían "capilla ardiente" porque "quemaba" en todos los velorios; el Negro Otto fue el primer animador de carpas que hubo en estos pagos; en esos tiempos el animador tenía que ser también cómico y músico para poder divertir a la gente entre baile y baile.

EL QUE TOCA NUNCA BAILA

Metalé nomás a los recuerdos. Don Cayetano. Tuve muchos amigos; los pobres poco a poco se han ido yendo; ahí tiene el caso de Rafael Cáceres, era un señor músico; también era muy amigo mío mi hermano José que le decían Pato. Era poeta. Escribía letras de tango cuando el tango todavía no había entrado en estos pagos, y como no tenía quién lo acompañe, acostumbraba encerrarse en una pieza, colocar cuatro sillas y mientras las invitaba con un "¿me permite, señorita?", iba sacando una por una a bailar tango a las sillas. Estos son los nombres que sólo figuran en la crónica provinciana de los recuerdos, pero también están los otros como el Payo Solá o como el Bombo Anachuri:

*Ese fueye de Anachuri
se machó en el Carnaval
si le piden otra cueca
ya no quiere botonear.*

(El que toca nunca baila
de Horacio Aguirre y H. A.)

En Ramon Burgos tocaba la guitarra y la batería; después de muerto recién se difundió su zamba más conocida "Recuerdos salteños". Era albañil y muy buen compositor:

*Quemadores no sean flojos
llorándolo en Balderrama
Ramón Burgos no está muerto
sigue de pie su guitarra.*

(Ramón sin plata, de
Simón Gutiérrez y H. A.)

El Fiero Arias andaba todo el día bien pituco; era burlista, una vez llegó a mi casa con una botella de vino italiano diciendo que se la había mandado el Papa porque lo invitaba al Vaticano donde lo quería escuchar; en cambio el Payo era más bien serio; uno de estos días me voy a ir a Cayafate a visitarlo un rato. (Claro, Don Cayetano, usted sabe que el Payo murió en Buenos Aires, que unos cambios salteños —los del Centro Amigos de Salta— reprovincializaron sus restos y que ahora el autor de La Marrupeña descansa en la tierra original, pero como para los músicos la muerte es una travesura de la vida, usted lo irá a ver como si nada hubiera pasado.)

LOS ANALFABETOS UNIVERSITARIOS Y LOS UNIVERSITARIOS ANALFABETOS

El poeta español Pedro Salinas tiene un libro muy importante, La responsabilidad del escritor, en donde explica los distintos planos del analfabetismo y las diversas clases de analfabetos. Entre otras cosas dice que hay universitarios diplomados que nunca se sacarán el birrete de analfabetos. Y en eso coincide con el Cuchi Leguizamón que asegura que el opa más peligroso es el opa diplomado que puede llegar a ocupar los cargos más importantes en las distintas actividades humanas. En cambio —sigue el sutil autor de La voz a ti debida— hay analfabetos, en el sentido de no conocer los mecanismos de la lectura, que tienen el conocimiento natural, la ciencia de la vida. El poeta Luis Chamizo, que por no saber leer ni escribir le dictaba a sus amigos sus composiciones es un típico caso de la literatura española; y entre nosotros cuántos criollos letrados, con sus guitarras cantan y crean temas de verdadera riqueza poético-musical. Y para no irnos tan lejos de los duendes de don Cayetano Saluzzi ahí tenemos su caso particularísimo. Don Cayetano sabe leer música. Uno le pone una partitura adelante, él toma el bandoneón y al ratito nomás desarrolla, sin equivocaciones, el tema. Pero no sabe leer en castellano. Y lo que son las cosas, el autor de La Alejada

*Es que voy
queriéndote querer
y en la noche más noche
dice un lucero que te hallaré*

con letra del Premio Nacional de Poesía, Manuel J. Castilla no pudo aprobar el examen de SADAIC porque cuando se presentó a la mesa examinadora le dieron una letra y le dijeron que le ponga música. Don Cayetano podía pasarse haciendo música todo el día pero no podía leer la letra que le habían presentado. Es por eso que los poetas que trabajan con don Cayetano le ponen letra a las melodías que él ya ha creado. Con todo el respeto que merece la entidad de la que somos integrantes, creo que este caso excepcional podría tenerse en cuenta y declararlo a don Cayetano Saluzzi, com-

positor de pública notoriedad como creo que lo indica cierto artículo de la reglamentación de los exámenes. Don Ariel Ramirez y su gente tan gaucha tienen la palabra.

Porque Don Cayetano Saluzzi, a los 75 años, sigue viajando al interior del hombre argentino, por sus sueños, por sus esperanzas, cruzando el río desvelado de sus amores:

*Ya no te acordarás
en la Quesera fue
bulfa en los guardamontes
iba mi llorona, llorándote.*

(Zamba de la Quesera
con Manuel J. Castilla)

O cuando piensa con letra de Juan C. Saravia de Los Chalchaleros que no puede vivir Estando lejos de Salta. O cuando, enamorado, se va al Sur detrás de unos ojos verdes:

*La niña de mi zamba
en cada acorde me dice no
por eso a mi guitarra
que sufre
la templo en Si mayor.*

(Niña Sur, con H. A.)

O cuando, nuevamente con letra de Manuel Castilla, se mete con su bandoneón en las carpas de Cerrillos con su Zamba de enamorar:

*No voy a desensillar
soy gaucho cerrillano
no sé por qué las carpas
me están llamando
que voy a hacer
para el Carnaval chico
tal vez cantando volveré.*

O cuando con sus duendes se va a Bolivia en un balcecito:

*A Bolivia me voy
adíos
jujehita
usted sabe muy bien
por qué
mi huahuita.*

(El apunado, con H. A.)

Cuando el poeta Manuel Castilla recibió el doctorado honoris causa de la Universidad de Salta dijo: el conocimiento lo dio esta tierra. Y qué razón más fundamental, más con raíz. Esta tierra le dio también a Don Cayetano Saluzzi el conocimiento musical. Por eso, cuando vuelvo a Salta siempre lo voy a ver, a escuchar de su sabiduría, a tener la suerte que uno de sus duendes se salga de su fueye y me dé el secreto, ése que no está en mi biblioteca y que los diplomados profesores no pueden enseñarme. Digo, entonces, que no me desmayo leyendo a García Márquez (sigo el consejo de Marcelo Simón en el editorial de Folklore del número 283) porque conozco a don Cayetano Saluzzi que tiene duendes como quería Federico García Lorca y que es un músico tal que la copia que algún día escribimos con su nombre no exagera:

*Don Cayetano Saluzzi
cuando se pone a tocar
en medio del aguacero
levanta un polvaredal.*

SALTA ES UNA GUITARRA

¿Todo el año es Navidad? Que así sea, no sólo por que podamos referirnos a ella en marzo, sino porque en todas las estaciones habite en nosotros el espíritu nacional y cristiano de la fiesta esencial. Nuestro columnista remite desde Salta su guitarreada sobre la celebración, que vale la pena leer en las puertas del otoño.



¿Merry Christmas? Sugeridos o claramente impresos, los paisajes nívicos nos remiten a otras navidades.

¡Felicidades, paisanos!

Dios quiera que este año la Estrella de la Paz brille en el corazón de los argentinos. Nos anda haciendo falta serenar los espíritus, mirarnos profundamente hacia adentro, reencontrarnos con la ternura, y, sobre todo, **jugar a la vida y no jugar con la vida**. Si al fin y al cabo, los argentinos somos unos cuantitos y tenemos un territorio que poblar, una siembra que recoger, un destino histórico que cumplir. Nuestras hermanas, las otras naciones latinoamericanas, nos miran con tristeza y hasta deben andar pensando que estamos sufriendo una pesadilla. Soy religioso, y a las doce de la noche del 24 de diciembre, cuando la radio, los cohetes, los pitos, las sirenas anunciaban la

Este sí es un paisaje navideño argentino. Con su clara simbología, con su mensaje de paz, con su olor a norte nuestro.



Nochebuena, mirando el cielo por una ventana de mi casa, recé en silencio y le pedí al Niño Jesús que con su inocente sonrisa ilumine los corazones, los rencores, los odios, los resentimientos, las calles, los zórganes, los recodos, las rutas, las esquinas de los hombres y de mi país para que la muerte sea derrotada, y la vida haga flamear su bandera de celeste-amor y de blanco-esperanza. Lo pido en este 1977 que Paulo Sexto proclamó como Año de la Vida. Y mientras rezaba, recordé una copla de mi pueblo, una copla con ganas de vivir, una copla a pleno sol; cuatro versos que cantan los gallos anunciando el alba convocando la mañana de las espigas. Una copla que se juega la vida por la vida.

"Que pena tiene la muerte cuando de su calavera siente crecer por setiembre la flor de la primavera".

"HUACHI, HUACHI, TORITO TORITO DEL CORRALITO"

Los hombres del interior, escuchamos cotidianamente frases como "el ser nacional", "hay que cruzar la avenida General Paz" "la

integración nacional", "el país de los argentinos", "el tiempo nuevo" etc., etc., pero a la hora de la verdad en el plano cultural (que es el que a nosotros particularmente nos desvela), nos damos con la irremediable realidad que en la Pampa, en Entre Ríos, en Jujuy, en ese largo y ancho territorio que se extiende más allá de la ya mencionada Avenida, nos tenemos que aguantar las "creaciones" de los señores autores, animadores, productores, libretistas y demás que como viven en la Capital (bien agarrados de la "manija") sólo tienen ojos-oidos para la Capital; y nos mandan, envasados, discos, películas, programas, "locas" que nada tienen que ver con el país real. (Y los provincianos que se aportañan, también se olvidan —por un evidente complejo de inferioridad— de sus comarcas, de sus pueblos originales, donde tuvieron raíz, y hacen como aquel muchachito de mi barrio que ahora sale en la televisión cada rato, tiene todo el paisaje andino en la cara —a pesar de los esfuerzos de las maquilladoras para borrarle— y que grabó una zamba catamarqueña a toda orquesta, y cuando dice "tierra" no la pronuncia como en el Norte, sino que re-

Escribe Hugo Alarcón



trunca la lengua y en el disco se escucha algo así como "ueja, vuelva ueja". El pobre también quiere roncinear la palabra tierra como los porteños sin darse cuenta que si es lo que es, lo es, precisamente, porque alguna vez cantó a su provincia natal como se canta en su provincia. Después de este largo paréntesis, regresemos, por favor, al tema que nos interesa; insistimos en que en el interior nos tenemos que aguantar los programas centralizados y como en Salta, concretamente, sólo tenemos una reproductora de latas envasadas, vimos los programas dedicados a la Navidad y por poco quedamos convencidos de que a la hermosa costumbre, de siglos, de adorar al Niño Jesús en su pesebre con sus pastores, sus Reyes Magos, guiados por la Estrella, su San José bueno y carpintero y la Virgen, morenita y campesina, la tenemos que reemplazar por la adoración del arbolito, todo navaco, cuando en Salta, para diciembre nacen 40 grados de temperatura a la sombra. Ydale con Papá Noel (con su traje para cruzar la cordillera) cuando en el Norte —así nos lo confirma la infancia y la más her-

mana de las fantasías— a los juguetes los traen los Reyes Magos el 6 de enero a la madrugada.

Por suerte algunas organizaciones vecinales (y con esto queda probada la fuerza generadora de la tradición) y las agrupaciones juveniles, dirigidas y estimuladas por el Arzobispado de Salta, realizaron una serie de certámenes de villancicos que nos vienen desde la España civilizadora y que podría haberlos escrito San Juan de la Cruz. (¿Por qué no?). También nos hicieron olvidar a los televisivos arbolitos la gente de Villa Las Rosas que organiza cada varios años una Ciudad de la Navidad que es originalísima, en una prolongación del cerro San Bernardo representaron "en vivo" (les pido disculpas por la frase) los motivos navideños: el Anuncio a María del Angel, el Nacimiento de Jesús, la Canción de los Pastores, la Adoración de los Reyes Magos, configurando un espectáculo que no tiene promoción nacional pero que no hemos visto en todo el país (que, gracias a Dios, conocemos bastante). Afortunadamente, el folklore (entendido como lo exigía el Dr. Raúl Augusto Cortazar, es tan fuerte en

Salta que pese a las destemplanzas de los discos pudimos escuchar un solo villancico grabado), los radios (que se pasaron aconsejándonos que para las "fiestas de fin de año" hay que comprar de todo y comer hasta reventar, de la televisión (en la que Andrés se pasó toda una "noche" preguntándole a la gente del "ambiente" —al suyo— sus experiencias navideñas en Europa y Estados Unidos y si qué modelo lucieron en la ocasión y que si Papá Noel les colgó un yate en el arbolito y que patatán y que patatán sin acordarse ni por asomo que Navidad quiere decir Nacimiento) y que por ese inocente hecho que celebraron humildes pastores se cambió la Historia), gracias a la fuerza del folklore salteño, repito, los changuitos nuestros pudieron cantar delante de los establos que en cada casa de barrio, construyeron con amorosas manos las familias que tienen promesas con el Niño Jesús:

"Del tronco nació la rama de la rama nació la flor, de la flor, nació María de María, el Salvador".



CUYANOS DE PURA CEPAL...

SEGUNDO CASTRO

EL CHANGO SANJUANINO
LA VOZ CUYANA QUE TRIUNFA
Con las glosas del poeta

Pedro Garay

En su nuevo L.P. con el sello de DISCOS AZALEA PRODUCCIONES

Solicítelos en Río Cuarto 3070
Tel. 31-1608/8595 - BUENOS AIRES

ENVIOS AL INTERIOR

Para su contratación, diríjase a:

ORGANIZACION
ALAS D. SARMIENTO
PROMOCIONES ARTISTICAS

Lavalle 1459 - 2º P., 2º Cuerpo BUENOS AIRES
Tel. 46-9009 - BUENOS AIRES

SALTA ES UNA GUITARRA

¿Cómo están, paisanos?

En julio del año pasado empezó este encuentro con ustedes. Fue un comienzo temeroso, a los tanteos. Les conté de mi Provincia, de mis gentes. Cada vez que me sentaba a la máquina, pensaba en las palabras del barbado y místico León Tolstoy, **pinta a tu aldea y pintarás al mundo**. Y era mi aldea, entonces, la principal preocupación de mi columna. Fue pasando el tiempo, fui conociendo gente, (y aprendiendo de la gente) me hice de amigos por todo el país —en esta misma Buenos Aires los tengo y son hermosos— y también, lentamente, me fui dando cuenta que mi aldea no es solamente Salta sino el país. Está bien que sea salteño. Está bien que lo diga cada rato, pero está mejor que diga que soy argentino; que me suelte desde mi paisaje original buscando el paisaje nacional. Lo pensé serenamente y ahora, que estoy escribiendo desde la redacción de la revista, me hice el propósito de sugerirle al Director que mi columna se despida en este número. Este es, entonces, el cierre de **Salta es una guitarra**. Eduardo Falú tiene razón cuando declara por el mundo que su guitarra es argentina y no solamente salteña. Este país es ancho y profundo como para que a esta altura del siglo XX —cuando el hombre trata de juntarse con el hombre— uno se ande encerrando entre sus montañas comarcanas y le de la espalda a la realidad totalizadora. Desde luego, que mis temas serán desarrollados desde la perspectiva salteña. No lo pude evitar. Y no quiero evitarlo. Deseo afirmarme, eso sí, en mi provincianía. Ser provinciano es una condición geográfica pero también histórica, vital. La columna se llamará, entonces, **Casos y Cosas de un Provinciano**. Como se llamaba desde el principio, pero sin el agregado específicamente salteño. **Casos y Cosas de un Provinciano**. Porque los provincianos tenemos cosas para contar. Y casos. Trataré de no caer en falsas anti-nomías que por ser falsas, precisamente, no me preocupan. Recuerdo que el año pasado los traje a esta tremenda ciudad a mis hijos Estrella y Hugo Rubén Darío (**Amancay** se quedó con la abuela en Salta) y las huahuas; a la semana ya habían entendido el mecanismo de la escalera rodante del subterráneo, y me preguntaban porqué las casas del centro no tienen patio. Yo sólo atiné a contestarles que las casas no tienen patio pero que aquí se podía ir al cine todos los días a ver una película de Walt Disney que les gusta tanto. Ellos, regresaron al "Valle del aroma", corretean el parral de la casa de los abuelos, pero seguramente echan de menos a su amigo el Pato Donald que suele ir a Salta una vez cada 10 años, aunque un jujeño salteñizado, el poeta Luis D'Jailad, cuando fue intendente, propuso que a Walt Disney le den el premio Nobel de la Paz.

RECUERDOS DE PROVINCIA

El ejemplo de Sarmiento es claro. Hasta cuando polemiza regresa al Interior con su **Facundo**; su libro



Escribe
Hugo
Alarcón

Recuerdos de Provincia es el que más me emociona de toda su obra; y Leopoldo Lugones nos dejó sus póstumos y provincianos **Romances del Río Seco** que para mí es lo más vigente de su obra. Ya en sus **Poemas Solariegos** se definía:

En la Villa de María del Río Seco
al pie del Cerro del Romero, nací
y esto es todo cuanto diré de mí,
porque no soy más que un eco
del canto natal que traigo aquí.

Y Rafael Alberto Arrieta cuando dice:

¡Alamos de Córdoba!
pastores de acequias,
sonoros y fúlgidos
al viento y al sol;
fieles atalayas
de nubes y estrellas
columnas de plata
de los plenilunios:
acoged el nido
de mi corazón.

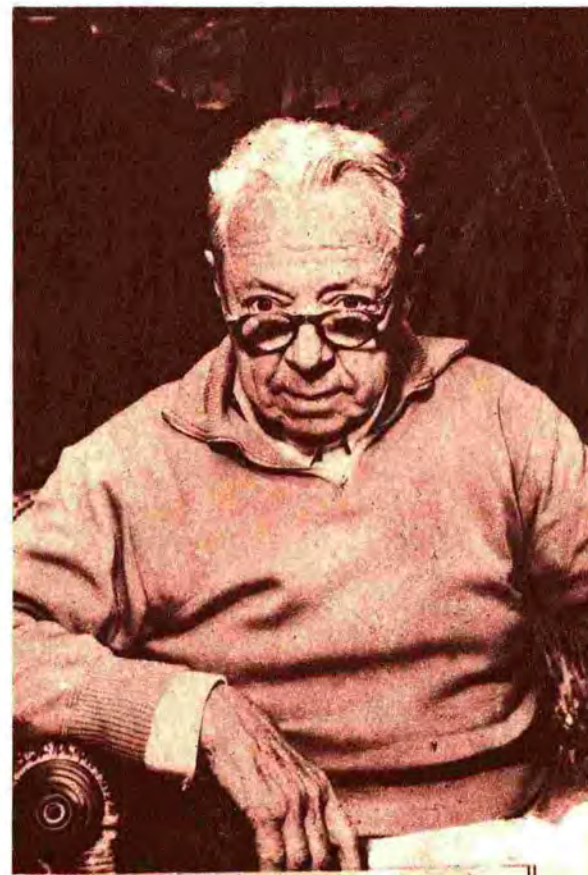
Y Arturo Capdevila sueña su Córdoba azul.

LOS BARRIOS AMADOS

Y Baldomero Fernández Moreno que de tan lírico y porteño, parece provinciano:

Tardes de Buenos Aires,
tardes porteñas
en que rezuman agua,
madera y piedra.
¡Ay, qué delicia!
qué llovizna parece
y no llovizna.

Incluso, uno de sus libros se llama **Intermedio provinciano**. Ricardo Rojas es otro provinciano que nos



JUAN CARLOS DAVALOS, a los abuelos calchaquíes de la tierra salteña:

"Bajo la blanca tierra del pucará desierto /
como un embrión parásito de la materna entraña /
sentado en sus talones aguarda el indio muerto /
quizá el milagro de una palin-genesia extraña".

dejó una obra provincianista que me exige de mayores comentarios.

Cuando Borges elogia el porteñismo de Evaristo Carriego, elige el poema **El alma del suburbio**:

Has vuelto, organillo. En la acera
hay risas. Has vuelto llorón y cansado
como antes.
El ciego te espera
las más de las noches sentado
a la puerta. Calla y escucha. Borrosas
memorias de cosas lejanas
evoca en silencio, de cosas
de cuando sus ojos tenían mañanas,
de cuando era joven... la novia... ¡quién sabe!

Juan Carlos Dávalos con su soneto **Urna funeraria** penetra en el ritual que oficiaban con sus muertos, los primeros abuelos calchaquíes de la tierra salteña:

Bajo la blanca tierra del pucará desierto
como un embrión parásito de la materna entraña,
sentado en sus talones aguarda el indio muerto
quizá el milagro de una palin-genesia extraña.

Y ha de cumplirse entonces el gran alumbramiento,
la hora del retorno milenar que espera.
Sorbido por las venas de algún cardón sediento
que abra sus blancas flores a un sol de primavera
y en un aroma errante se expandirá en el viento
su espíritu ya libre del ánfora grosera.

El amor a la comarca de sus mayores se puede sintetizar en el título de uno de sus libros: **De mi vida y de mi tierra**.

Creo que no hay discusión en cuanto a que el libro más memorable de Ricardo Güiraldes es su **Segundo Sombra**. Quizás porque cuando arrojó al aljibe (sea o no cierta la anécdota) su **Cencerro de cristal** —del que sólo había difundido unos cuantos ejemplares entre sus amigos— comprendió que su destino no estaba en los juegos de artificio de última moda que había traído de Europa (los Leon-Paul, Fargue, los Valery Larbaud, los Saint-Léger; Léger, del que nos ocupamos en una nota anterior como Saint-John Perse, a quien Güiraldes tradujo), sino en la pampa, en la profunda provincia de la "Reina del Plata". Tampoco nos olvidamos que, el ahora decididamente europeísta, **Jorge Luis Borges** tuvo en sus años juveniles su **Fervor de Buenos Aires**:

El patio es el declive
por el cual se derrama el cielo en la casa.

Carlos Mastrorardi no deja lugar a dudas sobre su provincianía con dos títulos de su no tan extensa producción: **Luz de Provincia** y **Memorias de un provinciano**. Evocando su tierra —**Entre Ríos**— dice:

La conozco agraciada, tendida en sueño lúcido
da gusto ir contemplando sus abiertas distancias,
sus ofrecidas lomas que alegran este verso,
su ocaso, imperio triste, sus remolonas aguas.

Y Leopoldo Marechal que en sus tiempos de muchacho asombrado (**Días como flechas**) se define no sólo como provinciano, sino como pastor:

Pastor de grandes cosas que se mueven
yo condujo el rebaño de los días pifantes.

Porque él llegaba a la ciudad de los apisonadores de adoquines:

Yo venía del Sur en caballos e idilios.

Y más aún, en el segundo día de su **Heptamerón** afirma:

la Patria debe ser una provincia
de la tierra y del cielo.

LA TRANSPARENCIA DE LA TIERRA

El lirismo de Ricardo E. Molinari, entenece y nos alienta en esto que venimos diciendo de hacer centro en la ternura para ver la transparencia de nuestra geografía, y, a través de ella, mirar la tierra Total:

Yo deseo tener una ventana
que sea el centro del mundo
y una pena
como la de la flor de la magnolia
que si la tocan se oscurece.

Con los siguientes versos todo queda claro:

No sé si cantando se seca el viento
o la voz pierde su humedad. Cuando pienses
que nadie entiende nada, y por qué vuelvo al Sur;
y que hay personas que miran la poesía
como un tiempo perdido, igual que una barba
griega.
(Si ellos vieran la sombra debajo de un farol,
mutilándose
como una ballesta, y a cada uno de nosotros
en su lucha.
por salvarse del odio.)

Don Juan L. Ortiz es un poeta entrerriano que —según las últimas noticias que de él tenemos— vive en una isla del Paraná y fue transformando el paisaje de su tierra en transparentes categorías líricas. Un poeta de tanta importancia que ningún argentino que se precie de tal debiera dejar de leerlo, y, sobre todo, los que quieren saber en qué país vivimos:

Hay entre los árboles una dicha pálida,
final, apenas verde, que es un pensamiento
ya, pensamiento fludo de los árboles,
¿luz pensada por éstos en el anochecer?

Un poeta que escribe.

Para que los hombres no tengan vergüenza de la
belleza de las flores.

Esto de la provincianía también es muy importante para León Benarós que escribió sus *Romances de la tierra* (hace unos días salió un libro con todos sus romances) y que anhela:

¡Ay, si pudiera entretejer arroyos,
apadrinar sus claros nacimientos
infundirles mi canto, gobernarlos
desde mi sangre!

Y Jaime Dávalos que sueña, pensando en José Hernández,

Un malón de guitarras populares

porque es el Nombrador:

Soy el que canta detrás de la copia,
el que en la espuma del río ha'l volver,
paisaje vivo, mi canto es el agua
que por la selva sube a florecer.



MANUEL J. CASTILLA, jubiloso, celebra:
"Esta tierra es hermosa / Déjeme que la alabe
desbordado, / que la vaya cavando / de
canto en canto turbio / y en semilla y semilla
demorado"

Y Antonio Nella Castro que con su *Canto a Salta* (Allá donde galopa el Mojotero) nos da una honda y hermosa descripción de su tierra:
en *Baguala de la llovizna*

Regresa el agua.
Y las manos morenas del otoño
acarician el aire
azul y solo.
La tristeza se moja en la llovizna
lo mismo que mi poncho
y siembra golondrinas en la tarde
para salir volando por los ojos.

Y Raúl Araoz Anzoátegui, cuando propone en sus *Tierras Altas*:

Más que nunca es preciso que estemos en la
tierra;
que moremos en anchas latitudes para el oficio
honrado de la siembra.



ANTONIO NELLA CASTRO, siente así la llovizna de su Salta:
"Regresa agua. / Y las manos morenas del
otoño / acarician el aire / azul y solo. / La
tristeza se moja en la llovizna / lo mismo que
mi poncho / y siembra golondrinas en la
tarde / para salir volando por los ojos".

Porque hace falta.

Que se alcen leñadores de alto pecho
para cortar las vigas de la futura casa, para
afianzar la paz sobre los huertos.
Que el metal sólo sirva para armas de trabajo;
tal vez así lleguemos a ser libres, y entremos
en la Biblia por un campo dorado.

Otro salteño, Manuel J. Castilla, jubiloso, celebra.

Esta tierra es hermosa.
Déjeme que la alabe desbordado,
que la vaya cavando
de canto en canto turbio
y en semilla y semilla demorado.

Para agregar a pleno amor por su comarca:

Digo que me le entrego.
Digo que sin saber la voy amando,
y digo que me vaya perdonando
y en un perdón y en otro que le pido
digo que alegremente voy sangrando.

Y Ariel Ferraro, de La Rioja, y Luis Franco, de Catamarca, y Nicandro Pereyra y el jujeño Raúl Galán, que hace muchos años propuso:

Necesario es gustar de los olores
de la tierra preñada de los surcos
descifrar la señal de los cardones
que amenazan al tiempo con sus puños.
La poesía está allí. Está en la tierra
que se abre generosa a las raíces
para nutrir la flor, que es su poema.

Concluyendo la propuesta con una premonición (la de la hermosa y defendible realidad del cancionero argentino) que es un paradigma:

Si algún día brotamos en canciones
será cuando la tierra quiera darnos
esa misma función que asigna al árbol
ofrecer a la vera del camino,
para el hambre celeste de los hombres,
la canción candorosa de los flores
y el poema frutal de los racimos.

Jorge Calvetti es otro provinciano (jujeño) que desde Buenos Aires regresa permanentemente a la tierra de la Puna con sus poemas, y el mendocino Jorge Enrique Ramponi,

Canta, pequeño pastor de unos días y una sangre
sobre la tierra, nuestra heredera y nuestra herencia.

Y tantos otros poetas provincianos de nacimiento o de temática que no me alcanzarían las y para anunciarlos a todos. (Desde luego, que hubiera sido importante que no me atara exclusivamente al poema y que, por ejemplo, mirase la importante pintura provinciana que tan importantes aportes ha hecho a la Cultura Nacional; o la música que merece un capítulo aparte).

Mi columna, entonces, a partir del próximo número se llamará sencillamente *Casos y Cosas de un provinciano*. Tengo la esperanza de que mis lectores me ayudarán en esta nueva y tentadora propuesta. Mándeme material de sus provincias. Dénme una mano en esto de buscarlo al país. Pero en una busca (no pongo búsqueda porque Borges dice que la palabra no existe) en profundidad y no turística.

Porque en la afirmación de la provincianidad (¡Ah! mi tendencia a los neologismos) se fundamenta amor a la Patria. Mejor, lo digo con versos de un santafesino que alguien llamó José Esperanza y que se apellida Pedroni:

Yo soy el hijo de tu pampa.
Tú corazón de trigo es mi universo.
Y no voy a cantarte sino como quién eres,
sino como te siento
oh, suma de la espiga y la paloma,
de la tierra y el cielo.

CASOS Y COSAS DE UN PROVINCIANO

Escribe
Hugo
Alarcón



Charles Cros, el poeta, el inventor. En su nombre se entrega anualmente el Grand Prix du Disque en Francia. A comienzos de la década del 50 lo ganaron Edith Piaf y Atahualpa Yupanqui.

¿Cómo están, paisanos?

Hace unos años, preocupados porque en Salta no podíamos ver teatro (varias veces viajamos a Baires un grupo de muchachos —en uno de esos camiones fruteros— a ver las presentaciones de **Nuevo Teatro**) nos reunimos un grupo de entusiastas de las "tablas" y como no teníamos nada más que entusiasmo y algunas pautas que nos habían dado **Vides Bautista, Baby González, Perla Chacón** (una porteña creadora del **Teatro Estudio Phersu**), **Delia Vargas**, el correntino **Cabrera** y **Eliás Antar**, que venía del viejo teatro criollo que se representaba en los circos, nos tocó el oficio de escribientes. La misión nos la había encargado solem-

nemente **Angel Daney**, un ex discípulo de la profesora **Crilla** que deseaba generar un movimiento pro teatral en la tierra de los cantores y los guitarreros. Entonces fue que me arrimé a un farmacéutico que había estudiado teatro en Tucumán, **Saló Lizé** para que me marque los movimientos de escena en un borrador del libreto que conjuntamente sería presentado por el conjunto que dirigía mi amigo Daney. No lo pude consultar a **Arturo Wayer Tedín** (el único que renegó haciendo teatro en Salta durante muchos años) porque —amargado por la indiferencia de sus coterráneos— se había marginado de toda actividad histriónica. Y ahí andábamos a los tumbos comprobando

que la mayoría de nuestros comprovincianos (principalmente los que no habían salido de Salta) no tenían ni la menor idea del arte que desvelaba a Stanislavsky, o al alemán Bertolt Brecht. (Si traigo a la memoria estos recuerdos no es porque intente una crítica explicativa de los motivos, o supuestos motivos, que condenaron y siguen contentando al silencio al teatro en mi provincia, sino porque el argumento del libreto que entonces escribí está vinculado con el tema de mi columna de este mes). El tema era un tanto ingenuamente fantasioso. No recuerdo dónde había leído que probablemente todos los sonidos emitidos por el mundo no se pierden sino que quedarían flotando en el aire. De esta manera lo único que se necesitaría sería un grabador ultrasensible capaz de captar los sonidos del pasado. Así se abriría la posibilidad que mediante el grabador señalado, se podría escuchar la Novena Sinfonía dirigida por Beethoven, o escuchar los diálogos entre Sócrates y Platón. Y yo me dí manija y se la dí al grupo hasta que después de largas deliberaciones creamos al **future-man**, el grabador diseñado por una increíble compañía japonesa y, gracias al aparato, comenzamos a mezclar frases de Shakespeare con reflexiones de Emmanuel Kant, los diálogos de Don Quijote con Sancho y "Zamba de mi esperanza" cantada por Jorge Cafrune. El entusiasmo nos duró hasta que a la representación solo fueron familiares y amigos y, desde luego, le echamos la culpa a la falta de promoción, y el encargado de prensa del grupo no sabía cómo justificar la ausencia del público.

LA VOZ TRASCENDENTE

Desde mi frustrada experiencia teatral con el **future-man** el tema de las grabaciones me obsesiona. El grabador es para mí (y ya estoy hablando de mi modesto grabador a **cassete**

—¡y dale con la espantosa palabra que quiere decir cinta envasada!— uno de los grandes inventos del hombre. Cuántas veces he ponderado sus bondades en el momento en que algún amigo me pasa una

de Fangio, o de los protagonistas de la historia contemporánea que anduvieron por mi pago y yo tuve la suerte de "guardarlos" en una cinta. Siempre soñé que el bendito grabador de mis sueños teatrales se in-

que citamos es el toro —rojo— flechado y en el ejemplo saltado, la Bailarina que ahora anda reproducida en un afiche de la Dirección de Turismo. El hombre quiere quedarse en los otros, quiere trascender. Aquí tenemos un argumento casi irrefutable contra los escépticos que afirman que "después de esta vida no hay otra". Sí que la hay. El espíritu humano no se conforma con los 90 ó 100 años del cuerpo. Ese sueño del hombre se había concretado en la **huella gráfica**. Pero el hombre también quería dejar la memoria de su voz, de su canto, de su respiración como dueño del planeta.

Y TENIA QUE SER UN POETA

Siguieron apareciendo grabadores en mi vida, los técnicos me explicaban que tal botón sirve para tal cosa, que la perilla "easi-matic" sirve para grabar a cubierto de errores por su control automático del nivel de grabación, que para la conexión al acumulador del auto hay que apretar la tecla roja, que el juego de luces señala el estado de la cinta, que patatín que patatán pero nadie me contaba el origen de esta maravilla. Y como decía un paisano **no hay tiempo que no se cumple ni tiento que no se corte**, salté de alegría cuando me enteré que el 16 de abril de 1877, el **poeta francés Charles Cros** enviaba a la Acadèmia de Ciencias de París, solicitando el correspondiente patentamiento, la descripción del **paléofono** de disco o de cilindro. Es decir, se cumplen 100 años de aquel abril tan importante para la **memoria del hombre**. Y claro, tenía que ser un poeta el preocupado por demorar en el tiempo la palabra. Tenía que ser un bohemio (que según sus biógrafos se murió sin un franco en el bolsillo) el que le dió a la humanidad la llave de una caja fuerte más increíble que la Caja de Pandora. Porque el hecho, al menos para mí, tiene una explicación coherente. Desde el principio de los



Cara de la figura central de la Puerta del Sol de Tiahuanaco que, obviamente, se asemeja a un disco. De aquellos con los que soñó Charles Cros.

melodía para que le ponga letra y yo me estoy toda la noche escuchándolo hasta que el duende me dicta las palabras que encajan justo con la melodía. Cuántas veces, también, he apretado una simple tecla y escuché el clásico y lento inglés de Arnold Toynbee cuando lo entrevisté por encargo de Radio Güemes, o la voz de Borges, o

ventaría porque aún no sabía por qué en este asunto de las grabaciones había algo de lírico, de misterioso y de poético. Sí; de poético. (Ahora viene la explicación). El hombre desde las cavernas de Altamira o desde los petroglifos de Santa Rosa de Tastil siempre ha querido dejar grabada su memoria, su paso por la tierra. En el primer caso



tiempos, el poeta ha utilizado y desarrollado la palabra para expresar sus sentimientos y sus pensamientos. Este esfuerzo del poeta es el índice más claro del desarrollo del hombre en el tiempo. No somos originales con esta verdad de Perogrullo que conoce todo el mundo pero lo que quiero remarcar es la vocación de un poeta del siglo XIX por rescatar la vívida condición de los Homeros, la de los juglares de la Edad Media; esa posibilidad de pronunciar la palabra con toda su carnadura (sin los fríos grafismos que a partir de Gutenberg nos miran desde un papel). Esa desbordada pasión impulsó a investigar las posibilidades de concretar su fantasía en el plano estrictamente positivo, apretadamente científico.

De **Cros** dijo André Breton: **la unidad de su vocación, en tanto poeta y en tanto sabio, es el haber arrancado siempre a la Naturaleza una parte de sus secretos.**

(De esta preocupación por las disciplinas matemáticas los franceses tienen ilustres antecedentes con Paul Valéry y el mismísimo Pascal). Y ahí andaba nuestro **Charles Cros** discutiendo, apasionadamente, en los cafés de Montmartre con Verlaine que cada vez estaba más loco y más genial; explicándole hasta el delirio las bondades de su

paleófono a su amante Nina de Villard que le había dado varias veces los 50 francos para que retire la patente, pero que el poeta los gastaba invariablemente en amigos; Rimbaud sonreía benevolmente ante la explicación del poeta devenido en sabio: **Les aseguro que con mi invento cambiará el mundo. Mi paleófono es un instrumento muy simple, es un procedimiento de grabación y de reproducción de los fenómenos percibidos por el oído.** A renglón seguido, la encantadora anfitriona servía unas copas y Rimbaud aprovechaba para leerles la última página de su **Iluminaciones**:

Siendo la realidad demasiado espinosa para mí gran carácter, me encontraba, sin embargo, en casa de la señora, convertido en un gran pájaro azul gris que se escurría por las molduras del techo y arrastraba el ala por las sombras de la noche.

(Paralelamente en el tiempo, en Orange (Nueva Jersey), Thomas Alva Edison con un espíritu más utilitario se afanaba en la construcción en serie del aparato de registro y de reproducción de sonidos).

ANTES Y DESPUES DEL DISCO

La historia del desarrollo de la industria del disco es conocida. Se pasa del cilindro al disco de pasta. A ese pesado disco negro que necesitaba que cada tema sea grabado tantas veces como discos se editen. Después, se consigue la reproducción en serie con una sola matriz. Un tiempo más tarde, algo así como 1926, aparece nuestro conocido disco en 78 revoluciones por minuto en los que grabó Carlos Gardel. En 1948 sale el primer L.P. Ese disco que permitió que las obras de los autores clásicos se graben en una sola placa. Y el estéreo y los cuatro canales y los ocho canales, y los 16 canales y ya se habla para la termina-

ción de esta década que saldrán a la venta los videodisco cuya investigación está muy adelantada. Tantos son los anuncios de la industria discográfica sobre sus progresos y sus posibilidades que cada vez me parece menos fantástico y teatral mi sueño juvenil del **future-man** que grabará el pasado, el presente y hasta el futuro del hombre que, probablemente, ya está impreso en una dimensión que aún desconocemos.

UN DISCO COLOR ESPERANZA

En homenaje al poeta **Charles Cros** me voy a olvidar en la columna de algunas cosillas que conozco que se manejan en el mundo discográfico, que no son tan cosillas. El invento de ídolos, la tentación a la vulgarización de temas que se quieren imponer mediante la infernal repetición en el oído del público, etc., etc.

Porque si bien es cierto la industria de la mediocridad es un hecho muy conocido, el fenómeno de la discografía ha cambiado al mundo. Está el caso concreto de Los Beatles que han realizado registros mediante combinaciones, cintas en retroceso, exageración en los efectos sonoros y demás recursos que sus grabaciones son objetos estrictamente discográficos puesto que su reproducción **in vivo** sería imposible. Por otro lado, el aporte del disco al enriquecimiento espiritual del hombre es innegable. El invento desarrollado del poeta francés ya pertenece a la humanidad. Estas reflexiones también se las hizo en el Centenario del **Sonido Grabado**, la Federación Internacional de Industrias Fonográficas: **¿Qué estamos haciendo ahora? ¿Qué vamos a hacer en el futuro para beneficio de la humanidad? Estas son preguntas que debemos responder-**

nos ahora que celebramos cien años del invento.

Y yo sigo creyendo en el hombre. En su maravilloso destino. El hombre que puede escapar del engranaje destructor que tan agudamente describe nuestro Ernesto Sábato en **Hombres y engranajes**. De ese libro, prefiero no recordar lo amargo de la crisis sino la ventana abierta a la esperanza. Sábato mismo lo propone con un recuerdo:

Un atardecer de 1947, mientras iba caminando de una aldea de Italia a otra, vi a un hombrecito inclinado sobre su tierra, trabajando todavía afanosamente, casi sin luz. Su tierra labrada renacía a la vida. Al borde del camino se veía todavía un tanque retorcido y arrumbado. Pensé qué admirable es a pesar de todo el hombre, esa cosa tan pequeña y transitoria, tan reiteradamente aplastada por terremotos y guerras, tan cruelmente puesta a prueba por incendios y naufragios y pestes y muertes de hijos y padres. Y para afirmar su pensamiento cita a Gabriel Marcel cuando dice: El alma no es más que por la esperanza; la esperanza es, tal vez, la tela misma de que nuestra alma está formada.

EL DISCO DE ORO

La invención del disco le permite al hombre sentarse en el sillón preferido, cerrar los ojos y escuchar el **Concierto de Aranjuez** grabado por la mejor orquesta, o asomarse al romanticismo de un bolero, imaginar (en nuestro caso) al Buenos Aires de principio de siglo con un tango, o beber de ese manantial transparente del cancionero folklórico con una zamba, o escuchar un poema de Pablo Neruda en la voz del poeta chileno. Esta realidad es tan hermosa, que estoy convencido que el hombre se sacará un **Disco de Oro**. Se asomará a la alborada de la paz sobre la tierra. Hará

como las plantas, como sus hermanos menores, los animales que todas las mañanas saludan al hermano sol, que los sabios incas reproducían como un disco de oro precisamente.

Cada vez que alguien me pregunta sobre el destino del hombre le recuerdo una página de Albert Camus que leí hace unos años: **Cuando yo habitaba en Argel, durante el invierno, aguardaba siempre con paciencia porque sabía que en una noche, en una sola noche fría, pura de febrero, los almendros del valle de los Consules se cubrirían de flores blancas. Y entonces me maravillaba al ver cómo esa nieve frágil resistía todas las lluvias y vientos del mar. A pesar de todo, cada año perduraba el tiempo necesario para que se preparara el fruto.** (Casi lo mismo que Sábato).

Y me voy. Antes les quiero dejar un poema de **Charles Cros** citado por Maurice Fleuret en una nota para **Le Nouvel Observateur**:

*Todo lo he soñado, todo lo he
[dicho en mi país,
he jugado con el aire, con la
[lira.
Pudieron escucharme, pudie-
[ron leerme
y las gentes se van a dormir,
[asombradas.*

Yo no me voy a dormir, pero si estoy asombrado. Me esperan en una peña Las Voces de Orán, el Chango Nieto, Hugo Giménez, Marina, el Ballet Salta que presentan "Cantores de aquí, copleros de allá". Gracias a la grabación escucharé el relato de Marcelo Simón en la hermosa voz de Perla Argentina. Miguel Vicente, un locutor extraordinario, me comentará el último dato del ambiente folklórico y yo lo invitaré a tomar un café. Levantaré el pocillo y brindaré: —Por el poeta **Charles Cros**, un amigo que tengo en Francia. Miguel entenderá porque es mi amigo.



RODOLFO ZAPATA



PARA SU CONTRATACION
BRAVO & MATOS
ASOCIADOS
BARTOLOME MITRE 1773
piso 9º, oficina 903
Tel. 45-3771
BUENOS AIRES

LA JUSTICIA RATIFICO SU AUTORIA

DE LA ZAMBA "LA LOPEZ PEREYRA"

VIAJE POR LA VIDA Y LA MUERTE DE ARTIDORIO CRESSERI

Escribe
HUGO
ALARCON



Juan Francia. Este payador uruguayo escribió los primeros versos de la zamba "La López Pereyra". En la vieja fotografía se lo ve tomando mate, pero por la botella que se observa en primer plano, serían "mates con gotas" ... de ginebra.

Desde el cielo, seguramente, Don Artidorio Cresseri sonreía porque estos paisanos se están poniendo tristes siendo que él ya estaba en la alegría de la memoria popular; en el país de la vida definitiva, en la trascendencia del recuerdo.

EL CUMPLEAÑOS DEL DOCTOR CARLOS LOPEZ PEREYRA

Desde su altura, el tiempo era uno solo. El almanaque y el espa-



Una recordada imagen de don Artidorio Cresseri, romántico salteño de bastón llevar.

cio medido eran para los de abajo. Sin embargo no podía retirar de su celeste visión aquella noche del 25 de abril de 1920.

Toda la tarde había trajinado en el piano con una melodía que —mujer al fin— se mostraba esquiva. Cerró la carpeta donde guardaba sus partituras y se dijo: —En el cumpleaños de mi amigo el Juez de Instrucción, Dr. Carlos López Pereyra, tengo que estrenar la zamba —y agregó para sí—: En seguida me vendrá a buscar Arturo Gambolini, inquieto poeta y agudo periodista que me recomendó la melodía para ponerle letra. Llegaré puntual al Hotel Salteño. La familia del doctor esta noche tirará la casa por la ventana porque después de la fiesta del cumpleaños, todos se van a Formosa en donde mi amigo tiene su nuevo destino como hombre de leyes.

La reunión, como la había imaginado el músico, fue una tertulia para recordar toda la vida. Gambolini dijo unos versos hermosos dedicados al dueño de la fiesta y Artidorio ofreció su zamba desde un piano de cola que adornaba el principal salón del Hotel Salteño. Los asistentes brindaron con champagne por el homenajeado y por la zamba. En eso, alguien pidió que baile el Juez. Este (quizá rememorando la exigencia o condición de

Belgrano de bailar una danza con una dama tucumana en la fiesta celebratoria de la Batalla de Tucumán), aceptó la invitación preguntando si entre las presentes se encontraba una dama santiagueña (¡lo que son las cosas!) para que lo acompañe.

Esa noche, su zamba tuvo nombre para siempre y el profesor de piano y música Artidorio Cresseri tocaría el piano más allá del olvido.

"DICEN QUE YA ESTABA SORDO EL POBRE"

El Cuchi Leguizamón ha venido acompañando el cortejo sin su habitual y desmesurada carcajada y no ha levantado la cabeza en todo el trayecto, mientras Arturo Dávalos aprieta con fuerza su vigorosa mandíbula; Ramón Burgos —que estuvo visitando al colega en sus últimos días— piensa dedicarle su zamba "Recuerdos Salteños". Una piadosa mujer que ha salido a la puerta a despedir al viejo profesor, se persigna y comenta con una vecina: —Ese que va de traje oscuro es su hijo José que llegó anoche de Tucumán; era viejito ya Don Artidorio y dicen que estaba completamente sordo el pobre.

Sí, su oído natural ya casi no percibía los ruidos del mundo, pero el otro, el Oído de la Música estaba sensible hasta el infinito y esta tarde le permitía escuchar la Novena Sinfonía de su admirado colega en la sordera humana. Y también escucha la particular tonada uruguaya del Negro Francia.

Andariego el hombre. Se había hecho una larga gira por varios países de América y su último destino había sido Chile, donde se enroló en una singular payada con un huaso antofagasteño que conocía todas las coplas populares de su país y cantaba con una voz fini-

ta y entradora. La cosa había sido en un circo y los dos hombres habían celebrado, cada uno en su estilo, las glorias de Uruguay y Chile. Cómo no recordarlo a Juan Francia; quien, hace unos cuantos años, le trajo, entusiasmado, los primeros versos de la zamba:

*Yo quisiera olvidarte
me es imposible
mi bien, mi bien.
Tu imagen me persigue,
tuya es mi vida,
mi amor también.*

Lindo sonaban. Los versos de amor siempre le habían gustado. Era romántico, claro.

—De vicio se están enojando mis paisanos. Mi cuerpo nada siente y yo ya estoy por encima de los juicios y los papeleos. Yo sé que la zamba es mía —se dijo, pero escuchó con una leve sonrisa la palabra de Arturo:

*Si esta zamba es más salteña
que el cigarrillo de Villagrán,
con sabor a yista, a coca
y a cacharpayas de carnaval.
Yo la canto de este modo
porque mi olvidao la letra,
pero lo que no me olvido...*

Entraban justito en la medida de la melodía. Y el pueblo la andaba cantando con un poco de rabia porque había gente que por otros pagos andaba diciendo que la López Pereyra era de Fulano de Tal. Esas cosas las dirán los hombres —pensó mientras escuchaba en el tiempo a su amiga Helvecia, una encantadora dama santiagueña que tocaba el piano como los ángeles que, muy seria, le declaraba al Juez Nacional, Dr. Luis Alberto Ahumada Herrera:

Indudablemente que la prueba de más trascendencia la conforma la testimonial presentada por la actora. A fs. 1032 declara Helvecia Balzaretto de Avalos, nacida en Santiago del Estero (respuesta a la pre-

gunta primera); y que tiene 82 años de edad (pregunta decimotercera). Nos relata que Don Artidorio Cresseri frecuentaba su casa en los años 1919 y 1920 y que venía de la ciudad de Salta donde residía a visitar a su padre y que de ahí lo conocía, y que la relación era de amigos, afirma que Cresseri era ejecutante de música folklórica y clásica y que tenía un álbum de música manuscrita que en una oportunidad le prestó, y que un día, ejecutando el piano en su domicilio y una zamba, pasó por el lugar Andrés Chazarreta, quien también era amigo de la familia Avalos y frecuentaba la casa, por esa razón entró hasta donde la declarante ejecutaba y le solicitó que le prestara el álbum, que previamente le preguntó qué zamba era, y ella le respondió que era la López Pereyra, llevándolo a su casa y devolviéndoselo con posterioridad. Que tiempo después don Andrés Chazarreta, hizo editar un álbum también con música folklórica, donde entre otras piezas figuraba la zamba en cuestión, que cuando Cresseri se enteró de tal circunstancia, vino de Salta, le pidió el álbum y lo rompió en su presencia; que sus hijos siempre la han interpretado y siempre la han anunciado como de Artidorio Cresseri que, agrega, según les relataba Cresseri el nombre de la zamba "La López Pereyra" fue un homenaje al Dr. López Pereyra; recalca que son amigos y vecinos de Don Andrés Chazarreta y concluye que la zamba originaria era música de Artidorio Cresseri.

Manuel se mese nuevamente la barba y en su corazón, solitos, se van escribiendo los versos del romance que el 1º de junio de 1959 dirá frente a los micrófonos de Radio El Mundo en El canto cuenta su historia mientras Los Fronterizos le hacen fondo musical con la zam-

LAS VOCES BLANCAS

J. O. PRODUCCIONES

Ayacucho 1204 - 1º A (1111)

Tel. 766-5474 - 42-2423

CAPITAL FEDERAL

Jorgelina Oroná
Representante exclusivo



VIAJE POR LA VIDA Y LA MUERTE DE ARTIDORIO CRESSERI

ba de este Artidorio que ahora va tan breve, tan poco carne entre cuatro maderas y unos cuantos amigos:

*Qué solo está su corazón
yéndose en la Salta vieja,
arriba, el aire, solito,
dulcemente se destrenza!*

"Cómo saben del cielo los poetas", piensa desde el cielo Don Artidorio. Y agrega en su pensamiento: "Son como los dioses de la tierra, suben hasta las estrellas":

*Don Artidorio Cresseri
ya sabe que se desvela
y siente que la canción
se va azulando de estrellas.*

Los ve caminar tristes junto a su cuerpo y no sabe cómo consolarlos. Ese gordo que habla siempre y que ahora no dijo ni una palabra, una tarde vino a verlo con otro estudiante de magisterio y se le presentó diciéndole: —Mire, maestro, nosotros somos el dúo **Falú-Perdiguero** y queremos cantar su zamba en la versión original.

También escucha cuando en la Radio Güemes, dice **cochereando** en el recuerdo:

Don Artidorio se está poniendo su viejo poncho de sombras. Sabemos que se acerca la hora... De lejos, desde la torre del Convento de San Bernardo se desprenden dolorosas las campanas del alba. Las tres de la mañana. Hora en que se van las almas. Se va también Don Artidorio. No me ha dicho nada y con medrosa ternura lo veo perderse en la profundidad silenciosa de la calle Alvarado, en

la noche sin perros una guitarra soñadora está oficiando el réquiem del corazón. Esa es su música, Don Artidorio, no se la lleve. Y parece que no quiere llevársela, porque me la devuelve el aire, que trae un lento aroma de viejas serenatas...

Ya llegan al cementerio. Una flor en el aire, el regreso a la Madre Tierra y alguien, para romper la incómoda solemnidad del momento, comenta:

—A Don Artidorio le hubiera gustado que lo enterramos cantando.

Cierto es. Su cuerpo descansaba pero su espíritu anda por el aire de las guitarras, por el destino de los grillos. Los salteños levantarán la bandera reivindicatoria de sus derechos autorales conducidos por la capacidad jurídica del doctor y poeta Holver Martínez Borelli.

Los herederos andarán de tribunal en tribunal durante 17 años. Finalmente, la Sala B de la Cámara Civil ratificará el fallo —y ya no hay más instancias para la parte contraria— del Juez **Dr. Luis Alberto Ahumada Herrera**:

Por lo que antecede, **FALLO**: rechazando las defensas de prescripción y falta de acción opuestas por la demandada y haciendo lugar a la demanda instaurada por la sucesión de D. Artidorio Cresseri contra los sucesores de D. Andrés Chazarreta y la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música. Por lo tanto declárase que el autor de la composición musical titulada López Pereyra, zamba, es de D. Ar-

tidorio Cresseri, y se condena a SADAIC, en su calidad de administradora y recaudadora de los derechos de autor, por ejecución o reproducción en cualquier forma de la composición musical de la zamba La López Pereyra, desde el 15 de octubre de 1956. Los intereses se liquidarán conforme a lo establecido en el capítulo XI. Las costas se imponen a los demandados que resultaron vencidos. Las regulaciones de honorarios se difieren hasta el momento que se conozca el valor económico en litigio. **Cópiese, notifíquese y cúmplase.** Oportunamente, archívese el expediente.

Y así en la tierra como en el cielo se hizo justicia.

Porque el nombre de Don Artidorio ya estaba **copiado** en las piedras de Salta.

Porque el viento del Norte ya se lo había **notificado** a todos los caminos.

Porque en las gentes, en esas gentes que a la hora del amor y del vino ya se había **cumplido** el milagro de la zamba subiendo desde el corazón hasta las guitarras.

Porque hay un **expediente**, el de la memoria popular, que nunca **archivará** estos versos:

*Voy a ocultarme a una selva
solo a llorar,
pueda ser que en mi destierro
tus ojos negros pueda olvidar.*

Usted no es un desterrado, Don Artidorio. Ya todo el país sabe que usted es un ciudadano del corazón. **Será Justicia.**



En el Bochín Club, un popular club salteño, se reunieron todos estos artistas para celebrar un premio del poeta Manuel J. Castilla. Después de la reunión se comentó que allí se había preparado la defensa de los derechos autorales de Artidorio Cresseri. De izquierda a derecha, Hugo Riera, don Juan Carlos Dávalos, Chiquilín Dávalos, Julio Espinoza, José Ríos, un amigo no identificado; en el centro de la mesa, Manuel J. Castilla, Armando Saavedra, apoyado en la pared y sonriente, Teuco Castilla, el Dr. García Pinto, Ramiro Dávalos y el Cuchi Leguizamón.